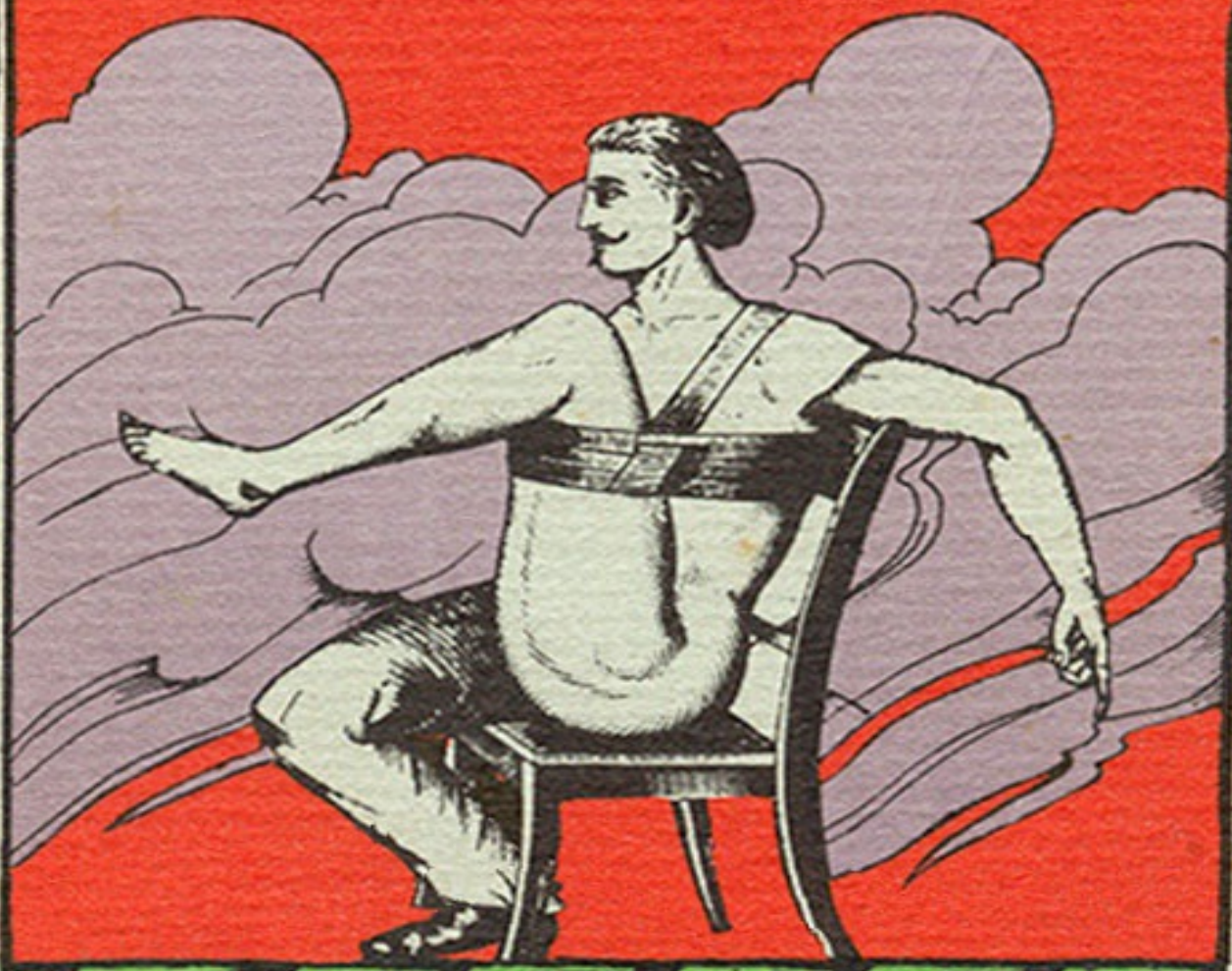
LEON BLOY

Cuentos descorteses



La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

Léon Bloy, coleccionista de odios, no excluyó de su amplio museo a la burguesía francesa. La ennegreció con lóbregas tintas que justifican el recuerdo de los sueños de Quevedo y de Goya. No siempre se limitó a ser un terrorista; uno de sus más curiosos relatos “Les captivs de Longjumeau” prefigura asimismo a Kafka. El argumento puede ser de este último; el modo feroz de tratarlo es privativo de Bloy. (…)

Nuestro tiempo ha inventado la locución “humor negro”; nadie lo ha logrado hasta ahora con la eficacia y la riqueza verbal de Léon Bloy.

Jorge Luis Borges

Léon Bloy

Cuentos descorteses

La Biblioteca de Babel - 04

ePub r1.1
orhi 24.10.14

Títulos originales: *La tisane*
Le vieux de la maison
La religion de M. Pleur
Les captifs de Longjumeau (trad. de J. L. Borges)
Une idée médiocre
Terrible châtiment d'un dentiste
Tout ce que tu voudras
La dernière cuite
Une martyre
La taie d'argent
On n'est pas parfait
La plus belle trouvaille de Caïn
Léon Bloy, 1894
Traducción: Jorge Luis Borges & Raúl Gustavo Aguirre

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: Astennu
ePub base r1.1

Prólogo

Quizá no hay hombre que, para escribir, no se desdoble en otro o, por lo menos, no exagere sus singularidades y certidumbres. Bernard Shaw declaró que el célebre G. B. S. no era mucho más real que una jirafa de pantomima; el modesto periodista Walt Whitman se transformó, venturosamente, en todos los habitantes del planeta, incluido el lector; Valle-Inclán se promovió a duelista y a aristócrata; el sedentario y pusilánime Léon Bloy se bifurcó en dos seres iracundos: el francotirador Marchenoir, terror de los ejércitos prusianos, y el despiadado polemista que conocemos y que, para las generaciones actuales, será el verdadero Léon Bloy. Forjó un estilo inconfundible que, según nuestro estado de ánimo, puede ser insufrible o ser espléndido. Sea lo que fuere es uno de los estilos más vividos de la literatura.

Uno de sus maestros, Carlyle, repitió que la historia universal es un libro que estamos obligados a leer y a escribir incesantemente y en el cual también nos escriben; otro, el visionario Swedenborg, vio en todas las criaturas que nos rodean, animales, vegetales o minerales, correspondencias de hechos espirituales. Léon Bloy consideró el universo como una suerte de criptografía divina, en el que cada hombre es una palabra, una letra o, acaso, un mero signo de puntuación. Alegó el espacio cósmico; afirmó que sus abismos y luminarias no son más que una proyección de la conciencia humana. Opinó alguna vez que ya estamos en el infierno y que cada persona es un demonio encargado de torturar a su compañero.

Imparcialmente abominó de Inglaterra, a la que apodó la «isla infame», de Alemania, de Bélgica y de los Estados Unidos. Inútil agregar que fue antisemita, aunque uno de sus libros más admirables se tituló La salvación por los judíos. Denunció la perfidia italiana; llamó a Zola el cretino de los Pirineos; injurió a Renán, a France, a Bourget, a los simbolistas y, por lo general, al género humano. Escribió que Francia era el pueblo elegido y que las otras naciones deben limitarse a lamer las migajas que caen de su plato. Exaltó, sin embargo, «el alma de Napoleón» que no era precisamente francés.

Fue un ferviente católico galicano, no demasiado adicto a Roma.

No es improbable que los historiadores del porvenir lo vean como a un místico; nosotros, ante todo, vemos al despiadado panfletario y al inventor de cuentos fantásticos. Todos los de este volumen lo son, siquiera en su ambiente.

Léon Bloy, coleccionista de odios, no excluyó de su amplio museo a la burguesía francesa. La ennegreció con lóbregas tintas que justifican el recuerdo de los sueños de Quevedo y de Goya. No siempre se limitó a ser un terrorista; uno de sus más curiosos relatos, «Les captivs de Longjumeau», prefigura asimismo a Kafka. El argumento puede ser de este último; el modo feroz de tratarlo es privativo de Bloy. En sus páginas pueden estudiarse las «simpatías y diferencias» de ambos maestros.

«La tisane» no desdeña el crimen; «Le vieux de la maison» es de algún modo su reverso, sin mengua de su horror; «La religión de M. Pleur» empieza, como los anteriores, de un modo atroz y culmina en una suerte de santidad; «Une idee mediocre» historia una situación imposible;

«Terrible châtiment d'un dentiste» desciende sin temor a la consecuencia más inesperada de un homicidio; «Tout ce que tu voudras!» no elude la prostitución y el incesto; «La dernière cuite» refiere el caso de un hijo demasiado parecido a su padre; «Une martyre» prodiga la maledicencia, los anónimos y la quejumbre; «La taie d'argent» relata la historia de un hombre único que ve en un mundo de ciegos; «On n'est pas parfait» narra la seriedad profesional de un asesino cuya carrera queda truncada por un perdonable descuido; en «La plus belle trouvaille de Caín» vemos al fin al no menos temible que imaginario Marchenoir.

Wells logra siempre que sus invenciones más fantásticas parezcan reales, por lo menos durante el decurso de la lectura; Bloy, como Hoffmann y como Poe, prefiere hacerlas maravillosas desde el principio.

Nuestro tiempo ha inventado la locución «humor negro»; nadie lo ha logrado hasta ahora con la eficacia y la riqueza verbal de Léon Bloy

Jorge Luis Borges

La tisana

A Henry de Groux

Santiago se consideró simplemente innoble. Era odioso permanecer allí, en la oscuridad, como un espía sacrílego mientras esa mujer, tan en absoluto desconocida, se confesaba.
Pero, entonces, habría tenido que irse en seguida, tan pronto como el sacerdote vestido con la sobrepelliz llegara con ella, o por lo menos provocar algún ruido para que advirtieran la presencia de un extraño. Ahora era demasiado tarde, y la horrible indiscreción sólo podía agravarse.
Desocupado, queriendo encontrar, como las cucarachas, un lugar fresco al cabo de ese día sofocante, había concebido la fantasía, poco de acuerdo con sus imaginaciones habituales, de entrar en la antigua iglesia y se había sentado en un rincón oscuro, detrás de ese confesionario, para perderse allí en sus ensueños, contemplando cómo se apagaba la claridad del gran rosetón.
Después de transcurridos algunos minutos, sin saber cómo ni por qué, se había convertido en partícipe por entero involuntario de una confesión. Es verdad que las palabras no llegaban hasta él con claridad y que, en suma, sólo oía un cuchicheo. Pero el diálogo, cuando estaba por terminar, pareció reanimarse.
Algunas sílabas, aquí y allá, se destacaban, emergiendo del río opaco de esa charla penitente, y el joven que por un milagro era lo contrario de un perfecto granuja, temió bondadosamente llegar a sorprender confesiones que sin duda no estaban destinadas a él.
De pronto, esta anticipación tuvo lugar. Pareció que se producía un violento remolino. Las ondas inmóviles crecieron, separándose, como para permitir la aparición de un monstruo, y el testigo, estremecido por el espanto, oyó estas palabras pronunciadas con precipitación:
—¡Le digo, padre, que puse veneno en su tisana!
Luego, nada más. La mujer, cuyo rostro era invisible, se levantó del reclinatorio y, silenciosamente, desapareció en la espesura de las tinieblas. En lo que hace al sacerdote, éste no se movió más que un muerto, y trascurrieron despaciosos minutos antes de que abriese la puerta y de que desapareciera, a su vez, con el paso lento de un hombre abrumado.
Fue necesario el campanilleo persistente de las llaves del sacristán y la exhortación a abandonar el templo, largamente proferida en la nave, para que Santiago por fin se levantara, tanto lo había aturdido esa frase que seguía vibrando en él como un clamor.

¡Había reconocido perfectamente la voz de su madre!
¡Oh, imposible equivocarse! Había reconocido también su manera de caminar cuando la sombra femenina se irguió a dos pasos de él.
Pero, ¿qué había ocurrido? ¡Todo se derrumbaba, todo carecía de sentido, todo no era más que una farsa monstruosa!
Vivía solo con esa madre, que no veía casi a nadie y apenas si salía para asistir a los oficios. Se había acostumbrado a venerarla con toda su alma, como un ejemplar único de la rectitud y de la bondad. Tan lejos como pudiera ver en lo pasado, no había en él opacidad alguna, nada que no fuese

recto, ni un solo escondrijo, ni una sola desviación. Un hermoso camino blanco hasta donde llegaba la vista, bajo un cielo pálido. Porque la existencia de la pobre mujer había sido sumamente melancólica.

Luego de la muerte de su esposo, caído en Champigny, y de quien el joven apenas guardaba un recuerdo, ella nunca había dejado de vestir de duelo y de ocuparse exclusivamente en la educación de su hijo, de quien no se separaba un solo día. Nunca había querido enviarlo a escuela alguna, por temor a que el trato con los demás lo perjudicara, y por ello tomó completamente a su cargo la instrucción de su hijo, cuya alma había construido con fragmentos de la de ella. Él recibió así, de este régimen, una sensibilidad inquieta y unos nervios sumamente tensos que lo exponían a ridículos pesares, y quizá también a verdaderos peligros.

Cuando la adolescencia hubo llegado, las consiguientes escapadas que ella no podía impedir la volvieron un poco más triste, sin alterar su dulzura. Ni reproches ni silencios acusadores. Ella aceptó, como tantos, lo inevitable.

En suma, todo el mundo hablaba de ella con respeto, y sólo él en el mundo, su muy querido hijo, se veía ahora obligado a despreciarla: a despreciarla de rodillas y con los ojos llenos de lágrimas, como los ángeles despreciarían a Dios si no cumpliera sus promesas…

En verdad, aquello era como para perder la razón, como para salirlo a gritar por las calles. ¡Su madre, una envenenadora! Era insensato, era un millón de veces absurdo, era absolutamente imposible y, no obstante, era cierto. ¿No acababa acaso de confesarlo ella misma? Era como para arrancarse los cabellos.

Pero, ¿envenenadora de quién? ¡Dios mío! Él no sabía de nadie que hubiese muerto envenenado entre la gente conocida. No era por cierto el caso de su padre, quien había recibido un puñado de metralla en el vientre. No era a él, tampoco, a quien había tratado de matar. Él nunca estuvo enfermo, nunca necesitó beber una tisana y sabía que su madre lo adoraba. La primera vez que había tardado en llegar de noche, y no por cierto debido a razones muy pulcras, ella se había sentido enferma de inquietud.

¿Se trataba de un hecho anterior a su nacimiento? Su padre la había tomado como esposa por causa de su belleza, cuando ella tenía apenas veinte años. ¿Habría precedido a ese matrimonio alguna aventura que pudiese implicar un crimen?

No, sin duda. Conocía muy bien aquel pasado límpido; se lo habían contado cien veces y los testimonios eran satisfactoriamente claros. ¿Por qué entonces esa terrible confesión? ¿Por qué, sobre todo, oh por qué había sido necesario que fuese su testigo?

Solo, en el horror y la desesperación, volvió a su casa.

Su madre corrió en seguida a abrazarlo:

—¡Qué tarde vuelves, mi querido hijo!, ¡y qué pálido estás! ¿Estarás enfermo?

—No —respondió él—, no estoy enfermo, pero el fuerte calor que hace me fatiga y creo que no podré cenar. ¿Y tú, mamá, no sientes ningún malestar? ¿No has salido a buscar un poco de frescura? Me pareció haberte visto desde lejos en el muelle.

—He salido, en efecto, pero no pudiste verme en el muelle. *Fui a confesarme*, cosa que tú, mala

persona, me parece ya no practicas desde hace tiempo.
Santiago se sorprendió de no sentirse ahogado, de no caer de espaldas, fulminado, como ocurre en las buenas novelas que había leído.
Era verdad, por lo tanto, que ella había ido a confesarse. Por lo tanto, él no estuvo dormido en la iglesia y esa catástrofe abominable no era una pesadilla, como por un instante había llegado a imaginarlo en su insensatez.
No se desplomó, pero se puso mucho más pálido y esto hizo que su madre se sintiese aterrorizada.
—¿Qué tienes, mi pequeño Santiago? —le dijo—. Tú sufres, tú ocultas algo a tu madre. Deberías tener más confianza en ella, que sólo te ama a ti y que sólo te tiene a ti… ¡Cómo me miras, querido tesoro mío!… Pero, ¿qué es lo que tienes? ¡Me das miedo!…
Y lo estrechó tiernamente en sus brazos:
—Escúchame con atención, muchacho. No soy una mujer curiosa, bien lo sabes, y no quiero ser tu juez. No me digas nada, si no quieres decirme nada, pero déjame que te cuide. Vas a acostarte en seguida. Entre tanto, te prepararé una buena comida muy liviana que te llevaré yo misma, ¿no es así?, y si tienes fiebre esta noche te daré una TISANA…
Santiago, esta vez, rodó por tierra.
—¡Por fin! —suspiró ella, un poco cansada, extendiendo la mano hacia una campanilla.
Santiago tenía un *aneurisma* en el último grado de su evolución y su madre tenía un amante que no quería ser padrastro.
Este sencillo drama se desarrolló hace tres años en los alrededores de Saint-Germain-des-Prés. La casa que le sirvió de teatro pertenece a un contratista de demoliciones.

El viejo de la casa

A Charles Cain

¡Ah, la señora Alexandre bien podía jactarse de ser virtuosa! Imagínese. Hacía tres años que soportaba a ese viejo embrollón, a ese pillo de siete suelas que deshonraba su casa, y bien pueden pensar ustedes que, de no ser su padre, haría ya tiempo que ella le hubiese endosado su billete de regreso para el pudridero de inválidos del Asilo. Y sin embargo, nos vemos obligados a guardar las apariencias, a subvenir las necesidades de los autores de nuestros días, cuando no somos hijos de perra y, sobre todo, cuando estamos en el comercio. ¡Oh, la familia! ¡Pesar de pesares! Y hay quienes dicen que existe Dios. ¿Él no hará reventar entonces una mañana de éstas al viejo asno?

La extrema frecuencia de este monólogo filial había alterado por desgracia su frescura. No pasaba un día sin que la señora Alexandre se lamentara en tales términos de la mezquindad de su destino.

A veces, sin embargo, se ponía más tierna cuando necesitaba aclarar sus intenciones a clientes nuevos, que sólo de manera muy imperfecta habrían captado la nobleza de sus jeremiadas.

—Bueno y querido papá —arrullaba—, ¡si supiera usted cómo lo queremos! Sólo tenemos, todas, un corazón para quererlo. ¡El oficio no tiene nada que ver con ello, lo ve usted! Se puede ser *desclasada*, caídas en la desgracia, si usted quiere, pero el corazón habla siempre. Una recuerda su infancia, las alegrías puras de la familia, y yo me siento muy honrada ante mis propios ojos, se lo juro, cuando veo ir y venir por mi casa a ese venerable anciano coronado de cabellos blancos, que nos hace pensar en la patria celestial. Etcétera, etcétera.

La inconsciencia profesional permitía sin duda a la tunanta funcionar con igual buena fe en una u otra actitud, y el huésped septuagenario del número 12, investido alternativamente de gloria y de ignominia, permanecía estancado al costado de su hija —en la inalterable serenidad del atardecer de su existencia— como un guiñapo de hospital en la orilla de la cloaca.

La historia de estos dos individuos no tenía, para decirlo todo, ninguna de las cualidades esenciales que se deben exigir del poema épico.

El señor Ferdinando Bouton, familiarmente denominado Papá Ferdinando o *El Viejo*, era un antiguo pícaro de la calle de Flandre, donde ejerció en otros tiempos treinta oficios, de los cuales el menos inconfesable puso varias veces en peligro su libertad.

La señorita Leoncia Bouton, que habría de ser un día la señora Alexandre y cuya madre desapareció poco tiempo después de su nacimiento, había sido educada por el digno hombre en los principios de la más rigurosa disipación.

Preparada, desde su más tierna edad, para las prácticas militantes, se lanzó, a los trece años, a una brillante situación de virgen oblada en casa de un millonario genovés, renombrado por su virtud, quien la llamaba su "ángel de luz" y que terminó de corromperla. Dos años bastaron a la iniciada para hacer reventar a este calvinista.

Después de aquél, ¡cuántos otros! Recomendada sobre todo a los señores discretos, se convirtió en algo así como una inversión segura y caminó, hasta los dieciocho años, en una aureola de ignominias.

En ese momento, habiendo llegado a ser seria a fuerza de rozarse con gentes *serias*, dejó a su padre,

cuya frivolidad de beodo y de crápula, por añadidura ocioso, le causaba indignación.
Y transcurrieron después quince años, durante los cuales aquel abandonado se sació de infortunios.
Perdido el hábito de los negocios, no volviendo a disponer de su anterior astucia, se parecía a una vieja mosca que no tenía ya la fuerza de volar sobre los excrementos y a la que hasta las mismas arañas no tenían deseos de atrapar. Leoncia, más feliz, prosperó. Sin elevarse a los primeros rangos en el Mundo Galante, dominio cuya dictadura no le permitían ambicionar sus maneras de bribona incorregible, supo maniobrar en los empleos subalternos con tanto arte como duplicidad, y de este modo se deslizó, se instaló, se apoderó firmemente de los buenos bocados y, sin olvidarse nunca de llenar su vaso antes de que la botella hubiese terminado de circular, llegó a tener tal color ante Dios y ante los hombres, que por esta razón le fue posible desafiar incluso a la mala suerte.
La mala suerte, entonces, se presentó bajo la especie ridícula y fantasmagórica de su padre.
El viejo cascajo, en el momento de hundirse para siempre en el abismo más insondable, se había enterado de que su hija, su Titina, casi célebre ahora bajo el nombre de señora Alexandre, gobernaba con mano magistral una hostería famosa donde los príncipes del Extremo Oriente venían a traer su oro.
Lleno de piojos y cubierto de pingajos impuros, sin tener "ni la sombra de un cobre en el bolsillo y ni una migaja en el estómago"[1], vino un buen día a caer en casa de ella, con tan favorable disposición de la fortuna que la altiva madama, aunque rabiosa con su arribo, se vio obligada a recibirlo con las demostraciones del más ostensible amor.
La mala suerte de ésta quiso, en efecto, que en el mismo instante en que, desconociendo todas las consignas, él se precipitaba en sus brazos, ella se hallara reunida con rígidos senadores, poco capaces de bromear acerca del cuarto mandamiento de la ley divina. Uno de ellos, inclusive, conmovido en lo más hondo de sus entrañas por este patético incidente, no creyó posible dispensarse de bendecirla y de predecirle una vida interminable.
Después de semejante hecho, Papá Ferdinando se volvió indelegable e inextirpable para siempre. So pena de suscitar la indignación de la gente decente y de perder la fructífera estimación de los mandarines, fue necesario limpiarlo, vestirlo, alojarlo y darle de comer hasta el hartazgo todos los días.
La existencia, hasta entonces dulce como la miel, de la señora Alexandre, se vio empozoñada. Aquel padre fue el abrojo de su cama, el tormento de su espíritu, la dificultad de sus digestiones y, muy por el contrario de lo que ocurrió con Calipso, ella no llegó a consolarse con el regreso de Ulises.
No era sin embargo un ser molesto. Desde el primer día lo instalaron en la buhardilla más distante, más incómoda y probablemente más malsana. Apenas si le veía. Observaba fielmente la consigna de no deambular por la casa a la hora de los clientes y, sobre todo, de no poner nunca los pies en el salón.
Para derogar esta severa ley hacía falta nada menos que la fantasía de un aficionado extranjero que a veces pedía ver al Viejo, de quien todas aquellas señoras hablaban con susurros de temerosa veneración, tal como si hubiesen hablado del Hombre de la Máscara de Hierro.
Para aquellas circunstancias, él tenía una casaca escarlata con brandeburgos, y una especie de gorrito macedónico que le confería el aspecto de un húngaro o de un polaco en desgracia. Lo engalanaban

entonces con el título de conde —¡el conde Boutonski!—, y así pasaba por ser un despojo cubierto de la gloria de la más reciente insurrección.
Por añadidura, limpiaba las letrinas, barría las escaleras, lavaba las palanganas y la vajilla, a veces con el mismo estropajo, según decía con furia la señora Alexandre. Por último, hacía los mandados de las pensionistas, de cuya confianza disfrutaba, y que le daban suculentas propinas. En las horas de descanso, el feliz anciano se retiraba a su cuarto y releía asiduamente las obras de Paul de Kock o las lucubraciones humanitarias de Eugène *Transpire*[2], como denominaba al autor de *Los misterios de París* y de *El judío errante*, los dos libros más hermosos del mundo.
Durante la guerra[3], naturalmente, la casa peligró. Los clientes se hallaban en el interior del país o en las avanzadas, y el estado de sitio hacía que las calles estuviesen intransitables.
La exasperación de la señora Alexandre llegó al colmo. Desde la mañana a la noche, descargaba sin interrupción su furia contra el viejo, quien se encogía cada vez más y a quien ella, a toda voz, cubría con sus insultos.
Inclusive llegó, en su delirio, a acusarlo de haber provocado el conflicto internacional con sus manejos. Cuando se acordó de la indemnización de los cinco mil millones, ella se consideró defraudada personalmente y argumentaba a gritos que su comercio había perdido otro tanto y que habría que fusilar a todos los viejos puercos que traían mala suerte…
Se inclinaba decididamente hacia la hidrofobia y la existencia se tomaba imposible.
Huelga decir que la Comuna[4] fue incapaz de revigorizar su tambaleante negocio. La clientela sin embargo no faltaba. El establecimiento no se vaciaba un minuto. Era como para creer que se estaba en la iglesia.
Pero, ¡qué clientela, Dios de los cielos! Borrachos perdidos, asesinos, canallas infames llenos de galones desde la cabeza a los pies, que se hacían servir con el revólver en la mano, que rompían todo y que habrían quemado todo si se hubiera tenido la audacia de enfrentarlos.
Esta vez, por el contrario, la patrona ya no vociferó más. Se moría silenciosamente de miedo mientras esperaba el auxilio de lo Alto.
Éste no se hizo esperar. Se supo de pronto que los versalleses acababan de entrar en París. ¡Liberación! Pero una suerte verdaderamente negra se encarnizaba con la pobre criatura.
Ocurrió que levantaron una barricada en un extremo de la calle. Ahora era imperioso cerrar la puerta con tres llaves y hacer como si estuvieran todos muertos. Papá Ferdinando fue olvidado completamente.
La barricada cayó a las dos de la tarde y los federados en fuga abandonaron el barrio. Pronto no quedó allí más que un solo ser, un delgado viejo cuyos pasos resonaban en el vasto silencio.
Imposible no reconocerlo. Era el ruinoso que había salido en la mañana por curiosidad y que, estúpidamente, huía como un criminal ante los pantalones rojos[5].
Éstos, llenos de duda, no se decidían a seguirlo, ni tampoco a disparar sobre un hombre tan anciano. Se acercaron cuando lo vieron detenerse ante la puerta del número 12.
—¡Arriba las manos y no te muevas!
El viejo, ahogado por el terror, se precipitó sobre la campanilla y la hizo sonar.
—¡Titina, mi Titina, soy yo! ¡Abre a tu anciano padre!

La ventana, cerrada a piedra y lodo, se abrió entonces con espontaneidad y la señora Alexandre, ebria de *alegría*, mostró su padre a los soldados y les gritó:

—¡Pero, fusílenlo, hijos de Dios! ¡Él estuvo en eso con los otros! ¡Es un sucio comunero, un incendiario que trató de ponerle fuego al barrio!

No se preguntaba más en aquellos agraciados días, y Papá Ferdinando, acribillado por las balas, cayó sobre el umbral…

Hoy día, la señora Alexandre está retirada de los negocios y no habita ya el barrio de la Bolsa, cuya gloria fue durante tanto tiempo.

Posee treinta mil francos de renta, pesa cuatrocientos kilos y lee con emoción las novelas de Paul Bourget[6].

La religión del señor Pleur

A Paul Adam

Por lo general, los individuos que han suscitado mi disgusto en este mundo eran personas florecientes y de buena reputación. En cuanto a los pícaros que conocí, y no en reducido número, pienso en ellos, en todos ellos sin excepción, con placer y benevolencia.
Thomas de Quincey

El solo aspecto de aquel anciano alimentaba a los gusanos. El estiércol de su alma se hallaba de tal manera en sus manos y en su rostro, que no hubiera sido posible imaginar contacto más aterrador. Cuando iba por las calles, los arroyos más cenagosos, temblando al reflejar su imagen, parecían tener intención de regresar a sus orígenes.
Su fortuna, que era según se decía colosal y que los buenos jueces sólo evaluaban llorando de éxtasis, debía estar escondida en singulares recovecos, porque nadie osaba aventurar una conjetura fundada sobre las inversiones financieras de aquella pesadilla.
Se decía tan solo que, en varias oportunidades, se entrevió su mano de cadáver en ciertas manipulaciones de dinero, que habían desembocado en sublimes desastres, de las que algunos cultivadores de alcancías lo suponían autor. No era judío, sin embargo, y cuando alguno lo trataba de "viejo crápula" tenía una manera suave de responder: *Dios se lo pague*, que hacía correr sobre el lomo de los más valientes un leve escalofrío.
Lo único que parecía cierto es que este andrajoso espantable poseía una casa de elevada renta en uno u otro de los grandes barrios exteriores. No se sabía con exactitud. Quizá poseía varias. La leyenda quería que durmiera en un antro oscuro, bajo la escalera de servicio, entre la columna de descarga de las letrinas y la casilla del portero, para quien esa vecindad era digna de un idiota. Sus recibos de alquiler eran, me dijeron, confeccionados, para economizar, con pedazos de carteles callejeros, y algunos inquilinos emprendedores los revendían a coleccionistas astutos.
Se contaba también la historia, que llegó a ser famosa, de una sopa fantástica calentada regularmente la noche del domingo y que habría de alimentarlo toda la semana. Para no quemar carbón, la tomaba fría los seis días siguientes.
Desde el martes, naturalmente, esa sustancia alimenticia comenzaba a ponerse fétida. Entonces con las reverenciales maneras de un sacerdote que abre el tabernáculo, tomaba, de un pequeño armario embutido en la pared y que debía contener extraños papeles, una botella de ron muy viejo, con toda probabilidad recuperada de algún naufragio.
Vertía unas pocas gotas en un vaso minúsculo y se fortificaba con la esperanza de saborearlas poco después de haber tragado su cataplasma. Una vez terminada la operación decía:
—Ahora que has tomado tu sopa, *no tendrás* tu vasito de ron.
Y, con toda deslealtad, volvía a volcar en la botella el precioso líquido. Recomendable delicadeza que se repetía continuamente, desde hacía treinta o cuarenta años.

Jamás un espectro pareció tan completamente despojado de estilo y de carácter. Le hubiera quedado bien semejarse por sus harapos y, sin duda, por algunas de sus prácticas, a los judíos más conspicuos de Budapest o de Ámsterdam. La imaginación de un Prometeo no habría podido descubrir en su rostro el más mínimo rasgo de la Antigüedad. El sobrenombre de Shylock, que le habían asignado deprecadores subalternos, rebotaba como una blasfemia, tanto este avaro no expresaba sino la chatura. Sólo tenía de notable su mugre y su hedor de animal muerto. Pero aun en esto mostraba un modernismo descorazonador. Su basura no le confería el derecho de ser recibido en ningún infierno.
Sólo materializaba, *en apariencia* por lo menos, el tipo del BURGUÉS, del Mediocre, del "Asesino de cisnes", como decía Villiers[7], llegado a la perfección y definitivamente cumplido, tal como debe aparecer en el fin de los tiempos, cuando los cataclismos salgan de sus cuevas y las sucias almas se manifiesten en la plena claridad.
Si fuera inocente el hecho de prostituir las palabras, habría sido necesario comparar al señor Pleur con algún horrendo profeta, anunciador de los vómitos de Dios.
Parecía decir a los individuos confortables a quienes molestaba su presencia:
—¿No comprenden, oh hermanos míos, que yo los *traduzco* por toda la eternidad y que mi impura cáscara los refleja a ustedes prodigiosamente? Cuando la verdad sea conocida, descubrirán ustedes, una vez por todas, que yo era su verdadera patria, hasta tal punto que, en cuanto llegue a desaparecer, la pestilencia de vuestros espíritus me echará de menos. Sentirán nostalgia de mi vecindad inmunda, que los hacía parecer vivos cuando en verdad ustedes están por debajo del nivel de los muertos. Puercos hipócritas que desprecian en mí al denunciante silencioso de sus ignominias, el horror material que les inspiro es precisamente la medida de las abominaciones de su pensamiento. Porque, en suma, ¿de qué podría yo en efecto estar infectado, sino de ustedes mismos, que me hormiguean hasta el fondo del corazón?
La mirada del granuja era particularmente insoportable para las mujeres elegantes, a quienes parecía execrar cuando las contemplaba a veces con una mirada más pálida que el fósforo de los osarios, ojeada fúnebre y *viscosa* que se pegaba a sus carnes como la saliva de las babosas, y que ellas llevaban gimiendo de terror.
—¿No es verdad, chiquita —creían oír— que vendrás a mi cita? Yo haré que visites mi divertida fosa y verás el hermoso atavío de caracoles y de escarabajos negros que te daré para realzar la blancura de tu piel divina. Estoy enamorado de ti como un cáncer, y mis besos, te lo aseguro, valen más que todos los divorcios. Porque tú olerás un día, mi ratita rosa, tú olerás voluptuosamente al lado mío, y seremos dos pebeteros bajo las estrellas…

Pero hubiese sido difícil, una vez más, a pesar de esa mirada atroz, trazar un rasgo que pudiera llamarse característico de aquel señor Pleur. Sólo la voz, quizá: voz de suavidad malvada y que sugería la idea de un sacristán impúdico susurrando ignominias.
Tenía, por ejemplo, una manera de pronunciar la palabra "dinero" que borraba la noción de moneda y hasta su valor representativo.
Se oía algo así como *dino* o *ner*, según los casos.

A menudo, también, no se oía nada. La palabra se desvanecía.
Esto inspiraba una especie de pudor repentino, como un crespón que cae de pronto por delante del santuario, un inopinado temor de parecer obsceno si se desnuda al ídolo.
Imagínense, si les divierte, un escultor fanático, un Pigmalión sanguinario y meloso, buscando con ustedes el mejor punto de vista para admirar a su Galatea, y haciéndoles retroceder astutamente hasta una trampa abierta para tragarlos. Era tan fuerte aquella pasión celosa por el Dinero, que algunos se equivocaron con respecto a ella. Le habían atribuido horribles intenciones a este devoto impenitente de la alcancía y de la caja fuerte: sospechas injustas pero acreditadas por algunos exégetas sabios de la vida privada del prójimo, que lo habían sorprendido en misteriosos coloquios callejeros con mujeres o niños.
Su culto se expresaba a veces por medio de tales circunloquios extáticos, el baboso eretismo de su fervor atenuaba tan extrañamente su fisonomía de sepulturero embarrado, y tan desaforados suspiros salían entonces de su interior, que los recipientes de escaso discernimiento en que dejaba caer su palabra eran excusables, después de todo, de no sentir pasar, entre ellos y él, la hipocondriaca majestad de la *Idolatría*.

Se me dispensará, quiero esperarlo, de hacer públicas las razones de orden excepcional que determinaron un comercio de amistad entre este simpático personaje y yo.
Yo era joven entonces, inclusive muy joven y fácilmente accesible al entusiasmo. El señor Pleur se dio el gusto de saturarme de él develándose a mí.
Creo ser el único que alguna vez recibió sus confidencias. Añado que este recuerdo me ayudó sobremanera a soportar un destino más que amargo y, habiendo muerto el personaje hace ya mucho tiempo, mi conciencia me urge, hoy, a testimoniar en favor de ese desconocido.
Algunos hombres de mi generación pueden recordar su fin trágico, ocurrido en uno de los últimos años del Imperio[8], y que dio lugar a que se hiciera bastante ruido.
Conocí los detalles del asesinato a través de los periódicos, cuando me hallaba en las cercanías del Cabo Norte. Fue sin duda un delito de la clase más trivial, y los forajidos que lo perpetraron eran poco dignos, es preciso reconocerlo, de la celebridad que les confirió.
El viejo había sido simplemente estrangulado en su camastro maloliente por bandidos, hasta entonces, faltos de notoriedad y que no confesaron otro móvil que el robo.
Pero ciertas circunstancias relativas específicamente al pasado de la víctima, y que quedaron sin explicación, ocuparon en vano, durante algunos meses, la sagacidad de los contemporáneos.
Por último se creyó adivinar o comprender que el señor Pleur *no había sido lo que parecía ser*. En suma, los infortunados asesinos, que por otra parte se dejaron prender con extrema facilidad, no habían podido descubrir el más mínimo tesoro en la guarida del avaro y, aunque este último hubiese muerto sin testar y sin herederos naturales, el Dominio del Estado no pudo extender sus garras sobre propiedad mobiliaria o inmobiliaria alguna.
Quedó establecido que el difunto no poseía absolutamente nada… salvo la administración precaria y el usufructo de una fortuna gigantesca irreprochablemente transferida a manos de cierto *Obispo*.
Imposible saber en qué se habían convertido las considerables sumas que debieron de pasar por sus

manos después de tantos años en que dio recibos a escuadrones de locatarios.
Nada: ni un título, ni un valor, nada de nada, excepto la famosa botella de ron vaciada por los estranguladores.
Como éste no es más que un cuento, tengo derecho a no prometer una conclusión más dramática. Lo repito: sólo he querido ofrecer mi testimonio, el único, con mucha probabilidad, que pueda esperar la sombra carcomida del muerto.
Que me sea permitido, por lo tanto, resumir en algunas líneas las palabras bastante curiosas que me confió, en diversas oportunidades, ese solitario habitualmente silencioso.
No creo que sentiré jamás tan negro estremecimiento como en aquel lejano día en que, uno al lado del otro en un banco del Jardín Botánico, me confió esto:
—Mi avaricia te asusta. Y bueno, mi pequeñito, yo he conocido un *pródigo*, de especie menos rara de lo que se piensa, cuya historia te inspirará tal vez el deseo de besar mis andrajos con respeto, si estuvieses lo suficientemente dotado como para comprenderla.
"Aquel pródigo era un maniático, naturalmente. Es siempre algo fácil de decir, y esto dispensa de todo examen profundo. Era inclusive, si lo quieres, un monomaniaco."
"¡Su idea fija era *arrojar el* PAN *en las letrinas*!"
"El cumplimiento de ese propósito, cayó en la ruina por culpa de los panaderos. Nunca se lo encontraba sin un enorme pan bajo el brazo, que iba saltando de alegría a precipitar en los barriles sin fondo del populacho."
"Sólo vivía para cumplir ese acto y es necesario creer que experimentaba al hacerlo intenso regocijo; pero su alegría se convertía en delirio cuando se presentaba la ocasión de ofrecer semejante espectáculo a los pobres diablos que se morían de hambre."
"Tenía treinta mil francos de renta aquel tipo, y se quejaba del alto precio del pan."
"Medita atentamente en esta historia verdadera, que se parece a un apólogo."
No sentí deseos de besar los harapos del señor Pleur, pero su relato fue lo bastante claro para mí, sin duda, porque creí escuchar cómo galopaba, por debajo de mí, toda la caballería de los abismos.

La última vez que me encontré con este Platón de la roñería, me dijo:
—¿Sabes que el Dinero es Dios y que por esta razón los hombres lo buscan con tanto ardor? No, ¿no es cierto?, tú eres demasiado joven para haber pensado en ello. Me tomarías infaliblemente por una especie de loco sacrílego si te dijera que, infinitamente bueno, infinitamente perfecto, el soberano Señor de todas las cosas dispuso que nada se haga en el mundo sin Su orden o Su permiso; que en consecuencia hemos sido creados únicamente para Conocerlo, Adorarlo y Servirlo, y ganar, por este medio, la Vida eterna.
"Abominarías de mí si te hablara del misterio de *Su Encarnación*. No importa: sabe que no trascurre un solo día sin que yo pida que Su Reino llegue y que Su Nombre sea santificado." "Pido también al Dinero, mi Redentor, que me libre de todo mal, de todo pecado, de las trampas del diablo, del espíritu de fornicación, y le imploro por Sus Dolores tanto como por Sus Alegrías y por Su Gloria."
"Comprenderás un día, muchacho, cuánto este Dios se ha envilecido por nosotros. ¡Recuerda a mi maníaco! ¡Y mira a qué empleos la maldad de los hombres lo condena!"

"…¡Yo no me atrevo a tocarlo ya desde hace treinta años!… Sí, joven, desde hace treinta años no me he atrevido a poner mis sucias manos en una moneda de cincuenta céntimos. Cuando mis inquilinos me pagan, recibo su dinero en una cajita preciosa, hecha de madera de olivo, que ha tocado la Tumba de Cristo, y no lo guardo un solo día."
"Soy, si quieres saberlo, un *penitente del Dinero."*
"Con consuelos inexplicables, soporto por Él el desprecio de los hombres, la repulsión de hasta los animales y el ser crucificado todos los días de mi vida por la más espantosa miseria…"
Yo había penetrado bastante la existencia misteriosa de ese hombre extraordinario para entrever que me hablaba de una manera por entero simbólica. No obstante, la Santa Palabra, tan rudamente adaptada, me azoraba un poco, lo confieso.
Se levantó de golpe, alzó los brazos y aún lo veo parecido a una horca pública de donde colgaran los podridos harapos de algún antiguo ajusticiado.
—Se dice con frecuencia por todas partes —exclamó— que soy un horrible avaro. ¡Muy bien!, algún día has de relatar que yo encontré el escondrijo infinitamente seguro que ningún avaro antes que yo había hasta entonces descubierto: *¡Yo escondo mi Dinero en el Seno de los Pobres!...* Tú publicarás esto, hijo mío, el día en que el Desprecio y el Dolor hayan logrado que crezcas lo bastante como para ambicionar el supremo honor de ser incomprendido.

El señor Pleur alimentaba a unas doscientas familias, entre las cuales se hubiera buscado en vano un individuo que no lo mirara como a un canalla: ¡tanta era su habilidad!
Pero hoy, ¡santo Cielo!, ¿dónde está la multitud pálida de indigentes asistidos por el delegado episcopal de este Penitente?

Los cautivos de Longjumeau[9]

A Mme. Henriette L'Huillier

"El Postillón de Longjumeau" anunciaba ayer el deplorable fin de los Fourmi. Esta hoja tan recomendable por la abundancia y por la calidad de su información, se perdía en conjeturas sobre las misteriosas causas de la desesperación que había precipitado al suicidio a esta pareja, considerada tan feliz.

Casados muy jóvenes, y despertando cada día a una nueva luna de miel, no habían salido de la ciudad ni un *solo* día.

Aliviados por previsión paterna de las inquietudes pecuniarias que suelen envenenar la vida conyugal, ampliamente provistos, al contrario, de lo requerido para endulzar un género de unión legítima, sin duda, pero poco conforme a ese afán de vicisitudes amorosas que impulsa al versátil ser humano, realizaban, a los ojos del mundo, el milagro de la ternura a perpetuidad.

Una hermosa tarde de mayo, el día que siguió a la caída del señor Thiers[10], aparecieron en el tren de circunvalación con sus padres, venidos para instalarlos en la propiedad deliciosa que albergaría su dicha.

Los longjumelianos de corazón puro contemplaron con enternecimiento a esta linda pareja, que el veterinario comparó sin titubear a Pablo y Virginia. En efecto, ese día estaban muy bien y parecían niños pálidos de gran casa.

Maître Piécu, el notario más importante de la región, les había adquirido, en las puertas de la ciudad, un nido de verdura, que los muertos hubieran envidiado. Pues hay que convenir que el jardín hacía pensar en un cementerio abandonado. Este aspecto no debió desagradarles, pues no hicieron, en lo sucesivo, ningún cambio y dejaron que las plantas crecieran a su arbitrio.

Para servirme de una expresión profundamente original de Maître Piécu, vivieron *en las nubes*, sin ver casi a nadie, no por maldad o desprecio, sino, sencillamente, porque no se les ocurría.

Además, hubiera sido necesario soltarse por algunas horas o algunos minutos, interrumpir los éxtasis, y a fe mía, dada la brevedad de la vida, les faltaba el valor para ello.

Uno de los hombres más grandes de la Edad Media, el maestro Juan Tauler[11], cuenta la historia de un ermitaño a quien un visitante inoportuno pidió un objeto que estaba en su celda. El ermitaño tuvo que entrar a buscar el objeto. Pero al entrar olvidó cuál era, pues la imagen de las cosas exteriores no podía grabarse en su mente. Salió pues y rogó al visitante le repitiera lo que deseaba. Éste renovó el pedido. El solitario volvió a entrar, pero antes de tomar el objeto, ya había olvidado cuál era. Después de muchas tentativas, se vio obligado a decir al importuno.

—Entre y busque usted mismo lo que desea, pues *yo no puedo conservar su imagen* lo bastante para hacer lo que me pide.

Con frecuencia, el señor y la señora Fourmi me han hecho pensar en el ermitaño. Hubieran dado gustosos todo lo que se les pidiera si lo hubieran recordado un solo instante.

Sus distracciones eran célebres y se comentaban hasta en Corbeil. Sin embargo, esto no parecía

afectarlos, y la *funesta* resolución que ha concluido con sus vidas tan generalmente envidiadas tiene que parecer inexplicable.
Una carta ya antigua de ese desdichado Fourmi, a quien conocí de soltero, me ha permitido reconstruir, por inducción, toda su lamentable historia.
He aquí la carta. Se verá, quizá, que mi amigo no era ni un loco, ni un imbécil.
"… Por décima o vigésima vez, querido amigo, faltamos a nuestra palabra, infamemente. Por paciente que seas, supongo que ya estarás harto de invitarnos. La verdad es que esta última vez, como las anteriores, no tenemos excusa, mi mujer y yo. Te habíamos escrito que contaras con nosotros y no teníamos absolutamente nada que hacer. Sin embargo, hemos perdido el tren, como siempre.
"Hace *quince años* que perdemos todos los trenes y todos los vehículos públicos, *hagamos lo que hagamos*. Es horriblemente estúpido, es de un atroz ridículo, pero empiezo a creer que el mal no tiene remedio. Somos víctimas de una grotesca fatalidad. Todo es inútil. Para alcanzar el tren de las ocho, por ejemplo, hemos ensayado levantarnos a las tres de la mañana, y hasta pasar la noche en vela. Y bien, amigo mío, en el último momento, se incendiaba la chimenea, a medio camino se me recalcaba un pie, el vestido de Julieta se enganchaba en alguna zarza, nos quedábamos dormidos en la sala de espera, sin que ni la llegada del tren ni los gritos del empleado nos despertaran a tiempo, etcétera, etcétera… La última vez olvidé mi portamonedas.
"En fin, te repito, hace quince años que esto dura y siento que ahí está nuestro principio de muerte. Por esa causa tú lo sabes, todo lo he malogrado, me he disgustado con todo el mundo, paso por un monstruo de egoísmo, y mi pobre Julieta se ve envuelta, claro está, en la misma reprobación. Desde nuestra llegada a este lugar maldito, hemos faltado a setenta y cuatro entierros, a doce casamientos, a treinta bautismos, a un millar de visitas o diligencias indispensables. He dejado que reventara mi suegra sin volver a verla ni una sola vez, aunque estuvo enferma cerca de un año, cosa que nos privó de tres cuartas partes de su herencia, que nos escamoteó furiosa, en un codicilo, la víspera de su muerte.
"No acabaría con la enumeración de las torpezas y de los fracasos ocasionados por la circunstancia increíble de que jamás pudimos alejarnos de Longjumeau. Para decirlo en una palabra, *somos cautivos*, ya sin esperanza, y vemos acercarse el momento en que esta condición de galeotes se nos hará insoportable…"
Suprimo el resto en que mi pobre amigo me confiaba cosas demasiado íntimas. Pero doy mi palabra de honor, de que no era un hombre vulgar, de que fue digno de la adoración de su mujer y de que esos dos seres merecerían algo mejor que acabar estúpida e indecentemente como han acabado. Ciertas particularidades que me permito reservar me sugieren la idea de que la infortunada pareja era realmente víctima de una maquinación tenebrosa del Enemigo del hombre, que los condujo, por medio de un notario evidentemente infernal, a ese rincón maléfico de Longjumeau de donde no ha habido poder humano que los arranque. Creo, en verdad, que no *podían* huir, que había alrededor de su morada un cordón de tropas invisibles, cuidadosamente elegidas para sitiarlos, contra las cuales era inútil toda energía.

El signo, para mí, de una influencia diabólica es que los Fourmi vivían devorados por la pasión de

los viajes. Esos cautivos eran, por naturaleza, esencialmente migratorios.
Antes de unirse, habían tenido la sed de rodar tierras. Cuando no eran más que novios, fueron vistos en Enghien, en Choisy-le-Roi, en Meudon, en Clamart, en Montre-tout[12]. Un día alcanzaron hasta Saint-Germain.
En Longjumeau, que les parecía una isla de Oceanía, esta rabia de exploraciones audaces, de aventuras por mar y tierra, se había exasperado. Su casa estaba abarrotada de globos terráqueos y de planisferios, de atlas ingleses y de atlas germánicos. Hasta tenían un mapa de la luna publicado por Gotha bajo la dirección de un botarate llamado Justus Perthes[13].
Cuando no se entregaban al amor, leían juntos historias de navegantes célebres, libros exclusivos de esa biblioteca; no había diario de viajes, *Tour du Monde* o boletín de sociedad geográfica, del que no fueran suscriptores. Llovían en la casa, sin intermitencia, las guías de ferrocarril y los prospectos de las agencias marítimas.
Cosa increíble, sus baúles estaban siempre listos. Siempre estuvieron a punto de partir, de realizar un viaje interminable a los países más lejanos, más peligrosos o más inexplorados.
He recibido como cuarenta telegramas anunciándome su partida inminente para Borneo, la Tierra del Fuego, Nueva Zelanda o Groenlandia.
Muchas veces, en efecto, estuvieron a un ápice de la partida. Pero el hecho es que no partían, que no partieron jamás porque no podían y no debían partir. Los átomos y las moléculas se coaligaban para sujetarlos.
Un día, sin embargo, hará diez años, creyeron escapar. Habían conseguido, contra toda esperanza, meterse en un vagón de primera clase que los conduciría a Versalles. ¡Libertad! Ahí, sin duda, se rompería el círculo mágico.
El tren se puso en marcha, pero ellos no se movían. Se habían ubicado, naturalmente, en un coche destinado a quedar en la estación. Había que volver a empezar.
El único viaje que debían lograr era evidentemente el que acababan de emprender, ay de mí, y su carácter, que conozco tan bien, me induce a creer que lo prepararon temblando.

Una idea mediocre

A Louis Montchal,
destinatario de El desesperado.

Eran cuatro y yo los conocí bastante. Si esto no provoca en usted ningún inconveniente, los llamaré Teodoro, Teódulo, Teófilo y Teofrasto. No eran hermanos, pero vivían juntos y no se separaban un solo minuto. No se podía ver a uno sin que en seguida aparecieran los otros tres.
El jefe de la escuadra era naturalmente Teofrasto, el último a quien nombramos, el hombre de los *Caracteres*, y pienso que era digno de gobernar a sus compañeros, porque sabía gobernarse a sí mismo.
Era una especie de puritano seco, enjaezado de certidumbres, meticuloso y escrutador. Exteriormente, ejercía a la vez de contador y de tasador en una sucursal de casa de empeños, en un barrio pobre.
Cuando uno le daba los buenos días, producía siempre la impresión de recibir algo en prenda, y su respuesta se parecía a la evaluación de un experto.
Interiormente, su alma era el establo de un mulo inconmovible, de esos que se crían con tanta solicitud en Inglaterra o en la ciudad de Calvino para el transporte de ataúdes baratos.
No quería sin embargo que lo creyeran protestante: decía ser católico hasta la punta de los cabellos, y ostensiblemente ponía a secar su corazón sobre las varas de la Viña de los elegidos. Su acervo era ser *casto*, y sobre todo parecerlo. Casto como un clavo, como las tijeras de podar, como un arenque ahumado. Sus acólitos lo proclamaban inmarcesible e indeshojable, no menos albo y lactescente que el nítido ropón de los ángeles.
¿Me atreveré a decirlo? Miraba a las mujeres como a la caca, y el colmo de la demencia hubiera sido incitarlo a dirigirles un cumplido. En general, desaprobaba el acercamiento de los sexos y toda palabra que evocara el amor le parecía una agresión personal.
Era tan casto que habría condenado la falda de los suevos.
Tal era, a grandes rasgos, la fisonomía de este jefe.

Que se me permita esbozar las otras…
Teodoro era el león del grupo. Constituía su orgullo, su ornamento, y el elegido por los otros para dar la cara cuando se trataba de diplomacia o de persuasión, porque Teofrasto carecía de elocuencia.
Es verdad que en tales ocasiones Teodoro se hartaba de comida y bebida para hablar mejor, pero se desempeñaba con general asentimiento.
Era un pequeño león de Gascuña, lamentablemente privado de melena, que se jactaba de pertenecer a la célebre familia, casi extinguida hoy, de los Théodore de Saint-Antonin y de Lexos, cuya gloria conocieron las orillas del Aveyron.
Hubiera sido inadmisible ignorar que sus armas, las alternativas y nobles armas de sus abuelos, estaban esculpidas en el pórtico o en un lugar cualquiera de la catedral de Albi o de Carcasonne. El viaje era demasiado caro como para que alguien intentara una verificación, por otra parte inútil, dado

que él daba su palabra de caballero. Esas armas, calcadas con detalle en papel transparente en la Biblioteca Nacional, no me fueron enseñadas, pero sí la divisa: *¡Por allí, cuernos!,* que me pareció siempre tan sencilla como magnífica.
En suma, este Teodoro fascinaba, deslumbraba a sus amigos cuya ascendencia no era, ¡ay!, sino de pobretones. Sin embargo, no podía ser el jefe, porque todo brillo debe dejar que prive la sabiduría. Era el tierno pero impecable Teofrasto quien los había unido en un haz para que las tormentas de la vida no pudieran quebrarlos. Era él quien los mantenía así cada día, mostrándoles la virtud, enseñándoles a vivir y a pensar, y el fogoso Aquiles hubiera aceptado noblemente obedecer al visionario Néstor.
Teódulo y Teófilo pueden ser despachados en pocas palabras. En el primero sólo se destacaba la aparente robustez de buey dócil e inconsciente a quien se hubiera podido hacer arar un cementerio. Se sentía simplemente feliz con andar bajo la pica y casi no necesitaba que le iluminaran el camino.
El segundo, por el contrario, los seguía por miedo. No le parecía que el conjunto fuese lo bastante espiritual ni lo bastante divertido; pero habiéndose dejado enganchar por Teofrasto, no se atrevía tampoco a concebir el pensamiento de una deserción y temblaba ante la idea de disgustar a ese hombre temible.
Era un muchacho muy joven, casi un niño, y merecía, creo, mejor suerte, porque me pareció dotado de inteligencia y de sensibilidad.

Fíjense ahora a qué idea miserable, a qué imbécil y desvencijada idea servían estos cuatro sujetos de animales de tiro. Si alguien puede descubrir una idea más mediocre, le quedaré personalmente agradecido de hacerla llegar a mi conocimiento.
Habían imaginado realizar en número de cuatro la asociación misteriosa de los *Trece* soñada por Balzac. Sueño *pagano* como nunca lo hubo. *Eadem velle, eadem nolle*[14], decía Salustio, que fue uno de los más atroces granujas de la Antigüedad.
No tener más que una sola alma y un solo cerebro repartidos bajo cuatro epidermis, es decir, en fin de cuentas, renunciar a la propia personalidad, llegar a ser número, cantidad, montón, fracción de un ser colectivo. ¡Qué concepción genial!
Pero el vino de Balzac, demasiado fuerte para esas pobres cabezas, los había intoxicado, y esa condición les pareció divina, por lo que se unieron en un juramento.
¿Han leído bien? *En un juramento*. ¿Sobre qué evangelio, sobre qué altar, sobre qué reliquias? No me lo dijeron, desgraciadamente, porque hubiera tenido muchas ganas de saberlo. Todo lo que pude descubrir o conjeturar es que, mediante fórmulas execratorias, y la invocación del testimonio de todos los abismos, se consagraron a esa existencia absurda consistente en no tener nunca un pensamiento que no fuese el pensamiento de su grupo; en no amar o detestar nada que no fuera amado o detestado en común; en no mantener jamás el más mínimo secreto; en leerse todas sus cartas y vivir juntos a perpetuidad, sin separarse un solo día.
Naturalmente, Teofrasto debió ser el instigador de este acto solemne. Los otros no hubieran ido tan lejos.
Empleados los cuatro en la misma oficina de un ministerio, les fue posible realizar la parte esencial

del programa. Tuvieron la misma casa, la misma mesa, los mismos trajes, los mismos acreedores, los mismos paseos, las mismas lecturas, la misma desconfianza o el mismo horror por todo lo que no fuera su cuadrilla, y se equivocaron de la misma manera acerca de los hombres y acerca de las cosas.
Con el propósito de estar en entera intimidad, *abandonaron* suciamente a sus viejos amigos y a sus benefactores, entre ellos a un muy grande artista a quien habían tenido la increíble suerte de interesar por un instante y que había intentado prevenirlos contra la tendencia a andar en cuatro patas como los cerdos…
De esta manera pasaron años, los mejores años de la vida, porque el mayor de ellos, Teofrasto, tenía apenas treinta cuando la asociación comenzó. Llegaron a ser casi célebres. Las burlas surgían de tal manera a su paso, que debieron cambiar de barrio varias veces.
La buena gente se enternecía al ver pasar a estos cuatro hombres tristes, a estos esclavos encadenados por la Estupidez, vestidos de la misma manera y caminando con el mismo paso, que tenían un aspecto fúnebre y a quienes vigilaban atentamente los polizontes con miradas cargadas de sospechas.
Naturalmente, aquello tenía que terminar en una tragedia. Un día, el inflamable Teodoro se enamoró.
Tenían tan pocas relaciones como era posible, pero en suma las tenían. Una joven, a quien Dios no amaba, creyó elegir bien casándose con un gentilhombre cuyas armas embellecían tan positivamente la catedral de Albi o la catedral de Carcasonne.
Por supuesto, no estoy contando la historia infinitamente complicada de ese matrimonio que modificaba, de la manera más completa y profunda, la existencia mecánica de nuestros héroes.
Desde las primeras manifestaciones de la enfermedad, Teodoro, fiel al programa, abrió su corazón a sus tres amigos, cuyo estupor llegó al colmo. Para comenzar, Teofrasto exhaló una indignación sin límites y esparció, en términos atroces, el más negro veneno sobre todas las mujeres sin excepción.
Estuvieron a punto de pelear y la Santa Hermandad se halló a dos pasos de disolverse.
Teódulo se derretía de dolor, a pesar de que Teófilo, secretamente hambriento de independencia y haciendo votos para que estallara una revolución, pero no atreviéndose a manifestarse, guardaba un sombrío silencio.
No obstante, todo se calmó y el equilibrio artificial quedó restablecido; cada bloque, levantado por un instante, volvió a caer pesadamente en su alvéolo; y el terrible celador Teofrasto, considerando que su rebaño, en suma, habría de aumentar en una unidad, terminó por consolarse con la esperanza de un dominio más vasto.
Los inseparables fueron en persona a pedir, para Teodoro, la mano de la infortunada que no vio el abismo donde la precipitaba su deseo ciego de casarse con un muchacho de buena prosapia.
El infierno comenzó desde el primer día. Habían convenido que continuaría la vida en común. Los recién casados consiguieron, es verdad, que los dejaran solos durante la noche, pero fue preciso, como antes, que todo el mundo estuviese en pie a determinada hora y que nadie se exceptuara de observar el reglamento más monástico.
Teodoro debió dar cuenta exactamente, cada mañana, de lo que había podido ocurrir en la oscuridad del cuarto conyugal, y la pobre mujer pronto descubrió con espanto que se había casado con *cuatro* hombres.

El porvenir más temible se presentó ante sus ojos, al día siguiente de sus tristes bodas. Vivió plenamente la estupidez innoble del rastacueros de quien se había convertido en mujer y el envilecedor estado de esclavitud que resultaba de esa afiliación de imbéciles.
Sus cartas, las de ella, fueron abiertas por el odioso Teofrasto y leídas en voz alta ante los otros tres, en su presencia. El buey paseó su estiércol y su baba impura por las confidencias de las mujeres, de las madres, de las muchachas. Con el consentimiento de su marido, la tiranía de ese fámulo abominable se extendió a su atuendo, a sus vestidos, a su apetito, a sus palabras, a sus miradas y a sus gestos más insignificantes. Ahogada, golpeada, manoseada, desesperada, se hundió en un profundo silencio y se consagró a envidiar, de todo corazón, a los bienaventurados que viajan en un coche fúnebre y a quienes no acompaña ningún cortejo.

En los primeros tiempos, la cuadrilla la encerraba con dos llaves, cuando iban a su oficina, donde la administración no les hubiera permitido llevarla.
Muy graves inconvenientes los forzaron a suavizar este rigor. Entonces, ella quedó libre, o debió creerlo, de ir y venir alrededor de ocho horas por día.
Ignoraba que la portera, convenientemente pagada, consignaba por escrito sus entradas y salidas, y que varios espías escalonados en las calles vecinas observaban con cuidado todos sus movimientos.
La prisionera aprovechó en consecuencia este simulacro de liberación para embriagarse con otros aires que el del infame claustro, donde ni siquiera se atrevía a respirar.
Fue a ver a parientes, a viejas amigas; se paseó por las avenidas y a lo largo de los muelles. Fue castigada por ello con escenas de una violencia diabólica y llegó a sentirse aún más desventurada: porque Teodoro, además de sus otras encantadoras cualidades, era celoso como un Barba Azul de Kabilia.
Era demasiado. Ocurrió lo que debía naturalmente, *infaliblemente*, ocurrir bajo semejante régimen.
La esposa de Teodoro escuchó sin disgusto las proposiciones de un desconocido que le pareció un hombre de genio en comparación con semejantes idiotas. Lo vio tan bello como un dios porque no se parecía en nada a ellos; lo creyó infinitamente generoso porque le hablaba con suavidad, y se convirtió allí mismo en su amante, en un transporte de indecible alegría.
Lo que ocurrió luego fue publicado, en estos últimos días, en la sección de noticias policiales. Pero me han contado que, la noche misma de la caída, estando reunidos los cuatro hombres, se les apareció el demonio.

Terrible castigo de un dentista

A Edouard d'Arbourg

—Bueno, señor, ¿me hará usted el honor de decirme qué desea?
El personaje a quien se dirigía el impresor era un hombre absolutamente común, el primero entre los insignificantes o los desocupados, uno de esos hombres que tienen el aspecto de existir en *plural*, hasta tal punto expresan el ambiente, la colectividad, lo indiviso. Hubiese podido decir *Nosotros*, como el Papa, y se parecería a una encíclica.
Su rostro, tallado en grueso, pertenecía a la innumerable categoría de los falsos palurdos del Mediodía, a los que ninguna cruza puede afinar y entre los que, no obstante, hasta la grosería misma es sólo apariencia…
No pudo responder en seguida, porque estaba fuera de sí y realizaba precisamente en ese momento una tentativa desesperada para ser alguien. Sus grandes ojos llenos de incertidumbre giraron, casi saltando de sus órbitas, como esas bolas de los juegos de azar que parecen vacilar antes de caer en el alvéolo numerado donde va a cumplirse el destino de un imbécil.
—¡Eh, la gran mierda! —exclamó por último, con un fuerte acento de Toulouse—, no es el trueno de Dios lo que por ventura vengo a buscar a su negocio. Usted me va a preparar cien tarjetas de participación para un casamiento.
—Muy bien, señor. Aquí tiene nuestros modelos: podrá usted elegir. ¿El señor desea una tirada de lujo con papel verjurado de primera clase o con Japón imperial?
—¿De lujo? ¡Diablos! Uno no se casa todos los días. Pienso que usted no me va a imprimir esto sobre papel higiénico. Todo lo que haya de más imperial, por supuesto. Pero sobre todo no se olvide de ponerme *una guarda negra alrededor*, ¡por la buena de Dios!
El impresor, simple ciudadano de Vaugirard[15], temiendo hallarse en presencia de un demente a quien era preciso no excitar, se contentó con protestar con mesura contra la sospecha de semejante negligencia.
Cuando se llegó al punto de redactar la invitación, la mano del cliente temblaba tanto que el obrero debió escribir según su dictado:
"El doctor Alcibíades Gerbillon tiene el honor de participar a usted su casamiento con la señorita Antonieta Planchard. La bendición nupcial se efectuará en la iglesia parroquial de Aubervilliers[16]".
"Vaugirard y Aubervilliers, ¡no muy cerca que digamos!", pensó el tipógrafo, quien se hizo pagar generosamente.

Sin duda, no era muy cerca que digamos. Hacía más de quince horas que el doctor Alcibíades Gerbillon, cirujano dentista, erraba por París. Todas las demás diligencias relativas a su matrimonio, que debía efectuarse dentro de dos días, acababa de cumplirlas tranquilamente, a la manera de un sonámbulo. Esta formalidad de la participación era lo único que lo había trastornado. Veamos

porqué.
Gerbillon era un *asesino* carente de descanso. Que lo explique quien pueda. Habiendo consumado su crimen de la manera más cobarde e innoble, pero sin ninguna emoción, como bruto que era, el remordimiento no había comenzado para él sino con la llegada de una misiva impresa, con anchas guardas negras, en la que toda una familia desconsolada le suplicaba que asistiera a las exequias de su víctima.
Esa obra maestra de la tipografía lo había trastornado, descompuesto, perdido. Arrancó muy buenos dientes, puso oro sobre descartables raíces, se encarnizó sobre encías preciosas; quebró mandíbulas que el tiempo había respetado e infligió a su clientela suplicios totalmente inéditos.
Su lecho de odontólogo solitario fue visitado por sombrías pesadillas, en las que rechinaron hasta las dentaduras de caucho vulcanizado que él mismo había instalado en las cavidades de ciudadanos que lo honraban con su confianza incondicional.
Y la causa de este trastorno era exclusivamente el trivial mensaje que habían recibido con ánimo tan sereno todos los profesionales conspicuos de los alrededores —Alcibíades era uno de esos adoradores del Moloch de los Imbéciles, a quienes el Impreso no perdona.
¿Lo creerán? Había asesinado, verdaderamente, *por amor*.
La justicia quiere sin duda que semejante crimen sea imputable a las lecturas del dentista, que constituían el único alimento del cerebro de ese criminal.
A fuerza de ver en los folletines cómo las complicaciones de los enamorados se resuelven de manera trágica, se había dejado ganar poco a poco por la tentación de suprimir, mediante un solo golpe, al vendedor de paraguas que obstaculizaba su felicidad.
Ese comerciante, joven y soberbiamente dentado, cuya mandíbula no tenía ocasión alguna de devastar, estaba a punto de casarse con Antonieta, la hija del fuerte quincallero de Planchard, por quien ardía silenciosamente Gerbillon desde el día en que, habiéndole extraído un molar tuberculoso, la encantadora niña se había desmayado en sus brazos.
Se iban a publicar las amonestaciones. Con la rápida decisión que hace tan temibles a los dentistas, Alcibíades había maquinado el exterminio de su rival.
Una mañana de lluvia torrencial, el vendedor de paraguas fue hallado muerto en su lecho. El examen médico puso de manifiesto que un depravado de la más peligrosa especie había estrangulado a ese infeliz, mientras dormía.
El diabólico Gerbillon, que sabía mejor que nadie a qué atenerse, confirmó este parecer audazmente y exhibió una lógica implacable en la reconstrucción científica del delito. Sus medidas, por otra parte, habían sido tan bien tomadas que después de una investigación tan inútil como minuciosa, la justicia se vio obligada a renunciar al descubrimiento del culpable.

El sanguinario dentista se libró en consecuencia, pero no impunemente, como lo van ustedes a ver. Como entendía que su crimen volcaba la situación en su favor, apenas estuvo el vendedor de paraguas bajo tierra comenzó el sitio de Antonieta.
La actitud superior que había mostrado en el curso de la investigación, las luces con que había inundado ese drama oscuro, la obstinación respetuosa, en fin, de su delicada compasión por una

joven tan cruelmente herida, le facilitaron el acceso a su corazón.
No era, a decir verdad, un corazón difícil de capturar, una Babilonia en cuanto a corazón. La hija del quincallero era una virgen razonable y realista que sólo se abismó muy poco tiempo en su dolor.
No aspiró ella a la vana gloria de las lamentaciones eternas, no presumió en absoluto de ser inconsolable.
—No se vive para los muertos: un marido perdido, diez encontrados, etcétera —le murmuraba Alcibíades.
Algunas otras sentencias extraídas de igual abismo pronto le develaron la nobleza de ese arrancador de dientes, que le pareció trascendental.
—Es su corazón, señorita, el que yo quisiera extirparle dijo un día. Frase decisiva.
Esas palabras encantadoras, que la educación de la joven hizo felizmente que pudiera saborear, la decidieron. Gerbillon, por otra parte, era un esposo de posición conveniente. Se entendieron con facilidad y el matrimonio se cumplió.
¿Por qué se necesitó que una felicidad a tan alto precio conseguida fuera emponzoñada por la memoria del muerto? La famosa tarjeta de duelo, cuya impresión comenzaba a borrarse, ¿no había reaparecido en la imaginación de ese criminal que neciamente se creía denunciado por ella? La antevíspera de su matrimonio —acabamos de verlo—, la obsesión había vuelto con más fuerza y lo había empujado a la demencia, haciéndole errar un día entero, como un fugitivo, por ese París donde él no habitaba, hasta la hora terrible en que por último había reunido las fuerzas necesarias para encargar sus participaciones de casamiento a ese impresor de Vaugirard, que por cierto había adivinado su crimen.
Era una enorme desgracia haber sido tan astuto, tan artero, haber despistado tan bien a la justicia y, contra toda esperanza, haber obtenido la mano de una mujer a la que idolatraba, para terminar en esa miserable condición de perseguido por las alucinaciones.

La ebriedad de los primeros días apenas fue una tregua. Las delgadas puntas de la media luna de miel de los recién casados no habían dejado aún de herir el azur, cuando tuvo lugar un comienzo de tribulaciones.
Cierta mañana, Alcibíades descubrió el retrato del vendedor de paraguas. ¡Oh, una simple fotografía que Antonieta había aceptado inocentemente cuando creía estar a punto de casarse con él!
El dentista, presa de la furia, la hizo pedazos instantáneamente ante la mirada de su mujer, a quien esa violencia sublevó, aunque la reliquia no le pareciera demasiado preciosa.
Pero al mismo tiempo —porque es imposible destruir nada—, la imagen hostil que no existía antes en el papel sino como reflejo visible de uno de los fragmentos del indiscernible clisé fotográfico que envuelve al universo, alcanzó a fijarse en la memoria repentinamente *impresionada* de la señora Gerbillon.
Invadida, desde entonces, por ese difunto cuyo recuerdo había llegado a ser casi indiferente para ella, no vio a nadie más que a él, lo vio sin cesar, lo respiró, lo exhaló por todos sus poros, saturó con todos sus efluvios a su triste marido, quien a su vez se sorprendió y desesperó de hallar siempre ese cadáver entre ambos.

Al cabo de un año tuvieron un niño epiléptico, un varón monstruoso que tenía el aspecto de un hombre de treinta años y que se parecía de manera prodigiosa al asesinado por Gerbillon. El padre huyó profiriendo gritos, vagabundeó como un insensato durante tres días, y la noche del último se inclinó sollozando sobre la cuna de su hijo y lo estranguló.

¡Todo lo que quieras!

Al príncipe Alexandre Ourousof

Majencio, fatigado por una larga velada de placer, llegó al ángulo donde la calle Dupleix continúa en una calleja, del otro lado de la Escuela Militar. El paraje, simplemente innoble en la claridad diurna, era, a la una de la mañana, esa noche, un poco siniestro. La calleja oscura, sobre todo, no se veía tranquilizadora. Ese tramo de camino fangoso, donde se refocilan a vil precio los soldados de artillería y de caballería en posadas temibles, inquietaba al noctámbulo.

En consecuencia, se detuvo a reflexionar. Desde el bulevar de Grenelle llegaba un rumor temido por los sabios, y el horror de verse envuelto en una pelea de borrachos lo inclinaba a elegir el sucio conducto en cuya extremidad se creía seguro de encontrar un valle más apacible para el curso de sus ensueños amorosos.

Salía de los brazos de su amante y sentía la necesidad de asentar su lascivia en la somnolencia de un regreso sin perturbaciones.

—¿Y?, ¿te decides o no? —dijo una voz abyecta que trataba de ser amable.

Majencio, entonces, vio cómo de la pared más próxima se desprendía una obesa mujer que se acercaba a ofrecerle la mercancía preciosa de su amor.

—No te cobrare caro, vamos, y haré todo lo que quieras, lindo.

Ella expuso el programa. El transeúnte, inmóvil, escuchó aquello como si escuchara latir su corazón. Era estúpido, pero no hubiera podido decir por qué esa voz lo conmovía. No hubiera podido decirlo, el muy desventurado, inclusive si se tratara de salvar su pellejo. No obstante su malestar era real. Y ese malestar se convirtió en insoportable angustia, cuando sintió que su alma se iba a la deriva arrastrada por esa charlatanería ignominiosa que lo llevaba como en un reflujo hacia las nacientes más distantes de su pasado.

¡Recuerdos de maravillosa dulzura a los que esa manera de reaparecer profanaba indeciblemente! En las impresiones de su infancia había existido algo sublime, mientras que su vida actual no era, ay, nada gloriosa.

Cuando trataba de recuperarse, evocándolas después de algún extravío, aquellas impresiones acudían mansas y fieles a él, como ovejas friolentas y abandonadas que no quisieran más que seguir siempre a su pastor…

Pero esta vez no las había llamado. Ellas venían por sí mismas, o más bien era *otra voz* la que las llamaba, una voz tan claramente escuchada, sin duda, como podía serlo la de él, y era abominable no comprender nada de eso.

—*¡Todo lo que quieras!* Yo te haré todo lo que quieras, tesoro mío…

No, en verdad, no era tolerable. Su madre había muerto, quemada viva en un incendio. Recordaba una mano carbonizada, la única parte que se atrevieron a mostrarle del cadáver.

Su única hermana, la mayor de los dos, que tenía quince años, que lo educó con tanta solicitud y a quien debía lo mejor que había en él, terminó de una manera no menos trágica. El océano la había

tragado con cincuenta pasajeros o pasajeras, en un naufragio célebre, cerca de una de las costas más inhospitalarias del golfo de Gascuña. No había sido posible encontrar su cuerpo.
Y aquellas dos criaturas dolorosas lo poseían cada vez que se acodaba, mirando transcurrir su propia vida, sobre el parapeto de su memoria. ¡Y bien, era horrible, era monstruoso, pero la mendiga que lo retenía allí, en esa calle, sobre esa banquina del infierno, como dice Maeterlinck, tenía exactamente la voz de su hermana, de esa criatura única que, le había parecido, pertenecía a las jerarquías angélicas y cuyos pies, no lo dudaba, hubieran purificado el barro de Sodoma!
¡Oh, sin duda una voz indeciblemente degradada, caída del cielo, arrastrada por los sucios abismos donde muere el trueno! Pero era no obstante su voz, hasta tal punto inconfundible que sintió la tentación de huir gritando y sollozando.
¡Era verdad, entonces, que los muertos pueden deslizarse así entre los que viven o fingen estar vivos! En el momento mismo en que la vieja prostituta le prometía su carne execrable, y en qué estilo —¡santos cielos!—, escuchaba a su hermana, devorada por los peces hacía un cuarto de siglo, recomendarle el amor a Dios y el amor a los pobres.
—¡Si supieras qué hermosos muslos tengo! —decía la vampiro.
—¡Si supieras qué hermoso es Jesús! —decía la santa.
—Vamos, ven a mi casa, gran tunante, tengo un buen fuego y una buena cama. Verás como no te arrepientes —continuaba una.
—No des trabajo a tu ángel de la guarda —murmuraba la otra.
Involuntariamente, pronunció *en voz alta* esta recomendación piadosa que había colmado su infancia. La perdularia, ante estas palabras, experimentó un sobresalto y comenzó a temblar. Alzando hacia él sus viejos ojos traslúcidos, sanguinolentos —espejos extinguidos que parecían haber reflejado todas las imágenes del fracaso y todas las imágenes de la tortura— lo miró con avidez, con esa mirada terrible de los ahogados que contemplan, por última vez, el cielo glauco en el vidrio del agua que los asfixia…
Hubo un minuto de silencio.
—Señor —dijo por último—, le pido perdón. Me equivoqué al hablarle. Sólo soy un viejo camello, un jergón de granujas, y usted debió arrojarme a puntapiés en el arroyo. Vuelva a su casa y *que el Señor lo proteja*.
Majencio, confundido, la vio desaparecer de pronto en las tinieblas.

Ella tenía razón, después de todo: había que volver. El trasnochador se dirigió, por lo tanto, hacia el bulevar de Grenelle, ¡pero con cuánta lentitud! Aquel encuentro lo había aplastado literalmente. No había avanzado diez pasos cuando la vieja devoradora de niños reapareció corriendo detrás de él.
—Señor, se lo suplico, no vaya usted por allí.
—¿Y por qué no iría yo por allí? —preguntó él—. Es mi camino, ya que vivo en Vaugirard.
—Tanto peor: tiene usted que volver sobre sus pasos, dar un rodeo, aunque deba caminar una hora más. Corre usted el peligro de que lo estrangulen al atravesar la avenida. Si desea saberlo, la mitad de los rufianes de París se han reunido allí para sus negocios. Están desde los mataderos hasta la Manufactura de Tabacos. La policía les ha cedido la plaza. No habrá nadie que lo proteja a usted, y

en verdad le van a jugar una mala pasada.
Majencio estuvo tentado de contestar que no tenía necesidad de ser protegido, pero sintió, por suerte, la estupidez de semejante bravata.
—Bueno —dijo—, voy a regresar por el lado de los Inválidos. Es un poco excesivo, de todas maneras. Estoy exhausto y este tener que andar de más me exaspera. Tendrían que lanzar la caballería sobre esos canallas…
—Habría tal vez un medio —dijo la anciana, después de un instante de vacilación.
—¡Ah, veamos ese medio!
Entonces, con mucha humildad, refirió que, como era muy conocida en ese hermoso mundo, le sería fácil conseguir que alguien lo atravesara…
—Sólo que —agregó, con una suavidad sorprendente— sería necesario que pudieran creer que usted es un… conocido, y para ello es necesario que me deje usted tomar su brazo.
Majencio, a su vez, titubeó, temiendo alguna trampa. Pero una fuerza desconocida obró en él, interrumpió su vacilación, y pudo atravesar sin ser molestado la multitud inmunda, llevando de su brazo y cerca de su corazón a esa criatura a la que felicitaron al pasar varios bandidos, y que verdaderamente podía desalentar al mismo Pecado.
Ni una palabra, por otra parte, cambiaron entre sí. Majencio advirtió tan sólo que ella apretaba su brazo y se estrechaba contra él mucho más de lo que exigía estrictamente la situación e, inclusive, que había algo convulso en esa manera de aferrarse.
El malestar extraordinario que experimentara, se había disipado ahora que ella ya no hablaba.
Llegó naturalmente a suponer una especie de *alucinación*, porque todo el mundo sabe qué cómoda es esa preciosa palabra, mediante la cual se aclaran todos los sentimientos o presentimientos oscuros.
Cuando llegó el momento de separarse, Majencio pronunció alguna fórmula trivial de agradecimiento y extrajo su billetera, con intención de recompensar a la extraña y silenciosa compañera que acababa quizá de salvarle la vida.
Pero ésta le detuvo con un gesto:
—No señor, no se trata de eso.
Sólo entonces adivinó que ella lloraba, porque no se había atrevido a mirarla durante la media hora en que anduvieron juntos.
—¿Qué le pasa? —dijo muy conmovido—, ¿y qué puedo hacer por usted?
—Si usted desea permitirme que lo abrace —respondió ella—, sería la mayor alegría de mi repugnante vida, y me parece que después de eso tendré el valor de poder morir.
Advirtiendo que consentía, ella saltó sobre él, exultante de amor, y lo abrazó como si lo devorara.
Una queja de ese hombre a quien asfixiaba le hizo soltarlo.
—Adiós, Majencio, mi pequeño Majencio, mi pobre hermano, adiós para siempre y perdóname —exclamó ella—. Ahora puedo morir.
Antes de que su hermano tuviese tiempo de intentar cualquier movimiento, la cabeza de ella yacía destrozada bajo la rueda de un camión *nocturno* que pasó como la tempestad.
Majencio ya no tiene amante. Termina en este momento su noviciado como hermano converso en el monasterio de la Gran Cartuja.

La última hornada

A Alfred Vallette

Cuando se está muerto,
se lo está por mucho tiempo.
Un heredero

El señor Fiacre-Prétextat Labalbarie se había retirado de los negocios a los sesenta años, después de adquirir considerables riquezas en su industria de fabricante de ataúdes.

Jamás había decepcionado a su clientela, y a la aristocracia genovesa, que lo abrumó durante largo tiempo con sus pedidos, había celebrado con voz unánime su exactitud y su lealtad.

La excelencia de su mano de obra, Certificada por la suspicaz Inglaterra, había obtenido los sufragios de Bélgica, de Illinois y de Michigan. Su retiro había sido motivo, por lo tanto, de notable pesar en ambos mundos, cuando quejosas hojas internacionales anunciaron que este artesano famoso abandonaba las pompas de su oficina para consagrar a valiosos estudios sus respetados cabellos blancos.

Fiacre era, en efecto, un viejo feliz cuya vocación filosófica y humanitaria sólo se manifestó en el momento preciso en que la fortuna, mucho menos ciega, sin duda, y mucho menos ingrata de lo que supone la vana multitud, lo había colmado por fin con sus favores.

De ningún modo despreció, como tantos otros, el negocio infinitamente honorable y lucrativo mediante el cual se había elevado de casi la nada hasta el pináculo de una decena de millones. Relataba, por el contrario, con el entusiasmo ingenuo de un viejo soldado, las batallas sin número libradas a la competencia, y se complacía en memorar la falsificación, a veces heroica, de los inventarios.

Había simplemente abdicado, a ejemplo de Carlos Quinto, el imperio de la fabricación, con el fin de adoptar una vida superior.

Teniendo en suma de qué vivir, y habiendo llegado a ser demasiado viejo para pretender conservar por mucho tiempo aún el ojo certero del hombre de negocios, esa imponderable espontaneidad que desconcierta a la plaza y echa a perder las maniobras de los competidores, tuvo la sabiduría de renunciar ventajosamente a su poderío comercial antes de que la estrella de su prestigio hubiese comenzado a palidecer.

Desde entonces se consagró, de modo exclusivo, a las delicias del género humano.

Considerando, con asombrosa lucidez, la inutilidad de las combinaciones hasta este momento elaboradas por cerebros vacíos con el fin de atenuar la miseria; inquebrantablemente convencido, además, de la *utilidad* de los pobres, creyó tener algo mejor por hacer que emplear en el alivio de ese rebaño los recursos financieros o intelectuales de que disponía.

En consecuencia, resolvió aplicar los últimos resplandores de su genio al consuelo de los millonarios.

—¿Quién piensa —decía— en los dolores de los ricos? Sólo yo, puede ser, con el divino

Bourget[17], por quien mi clientela delira. Como ellos cumplen su misión, que consiste en divertirse para hacer que el comercio progrese, se los supone, con demasiada facilidad, felices, y se olvida que tienen corazón. Se ostenta la jactancia de oponerles las groseras tribulaciones de los indigentes, quienes tienen el deber de sufrirlas después de todo, como si los andrajos y la falta de comida pudiesen ser comparados con la angustia de morir. Porque tal es la ley. Sólo se muere de verdad a condición de poseer. Es indispensable tener capitales para entregar el alma, y esto es lo que no se quiere entender. La muerte sólo es separarse del Dinero. Aquellos que no lo poseen, no tienen vida, y en consecuencia no pueden morir de verdad.
Colmado con estos pensamientos —más profundos de lo que él suponía—, el fabricante de ataúdes trabajaba con toda su alma en la abolición de los temores a la muerte.
Tuvo el honor de ser uno de los primeros que fomentaron la generosa concepción del Crematorio. El temor tradicional por la muerte, según nuestro pensador, se debe ante todo a la imagen horrible de la descomposición. En las asambleas de los incineradores que lo habían elegido presidente, relataba, con la elocuencia de la emoción, el desarrollo de las diversas etapas de esa química subterránea, y el pensamiento de llegar a convertirse en una flor, por ejemplo, encendía su imaginación de comerciante.
—¡No quiero ser carroña! —berreaba—. En seguida después de mi muerte exijo que me quemen, que me calcinen, que me reduzcan a cenizas, porque el fuego lo purifica todo, etcétera. —Fue satisfecho plenamente, como van ustedes a ver.

El excelente hombre tenía un hijo como habría que deseárselos a todos aquellos que saben el precio del dinero.
Pido aquí permiso para salirme de tono algunos instantes y remontar vuelo en el ditirambo.
Diosdado Labalbarie era, si me atrevo a decirlo, todavía más admirable que su padre. Concebido en una hora insigne de triunfo sobre temerarios competidores, realizaba plenamente el ideal de las virtudes sólidas que las más serias casas de crédito pueden exigir.
A los quince años, ya había invertido sus ahorros y su persona era ordenada como un libro de comercio. El más rígido contador no habría podido descubrir en él la más mínima frivolidad. El colmo de la injusticia hubiese sido reprocharle un minuto de entusiasmo, un acceso, inclusive reprimido, de insensato enternecimiento acerca de cualquier cosa, a propósito de no importa qué.
Su bienaventurado padre se veía obligado a apoyarse en la caja o en el mostrador cuando hablaba, tan ebrio se sentía de haber procreado semejante descendiente.
Este hijo de bendición vive y prospera. Inclusive ha duplicado su patrimonio en tres años de orfandad, por cuanto supo enamorar a una riquísima criadora de tortugas con quien acaba de casarse, y muchas gentes sin duda, lo reconocerían si no temiera yo ofender a los lirios de su modestia y continuar el trazado de su gentil imagen.
Adivine quien pueda. En cuanto a mí, sería demasiado decir, quizá, si explicara que la suya es la fisonomía de un hermoso reptil y que un mastín de la talla más monstruosa lo acompaña habitualmente.
He aquí ahora la historia infinitamente poco conocida de la muerte y de los funerales de su padre. Se

invita a los aficionados a las emociones no muy intensas a no continuar esta lectura.
Una mañana, el médico de los muertos comprobó que Fiacre había dejado de existir.
En seguida Labalbarie hijo comenzó a funcionar. Sin derrochar en inútiles llantos, sin desgastar "la tela" preciosa de su propia vida, es decir, "el tiempo", según la noble expresión de Benjamín Franklin que citaba sin cesar, ordenó y preparó todo sin perder un instante.
A las diez y treinta y cinco, los periódicos estaban informados de su duelo, y la expresión de su dolor se difundía a razón de mil ejemplares sobre la rosa entera de los vientos —las tarjetas de participación habían sido juiciosamente encargadas y realizadas mucho tiempo antes. Igual observación para la placa de mármol negro destinada al *Columbarium*, en la que se veían un fénix desplegando sus alas en medio de las llamas y esta inscripción terrorífica exigida por el difunto:

RENACERÉ

Fue a dar una vuelta en bicicleta, con el fin de templar sus nervios mediante una enérgica renovación de aire; almorzó copiosamente; recibió algunas visitas desconsoladas; fue a cumplir sus devociones a la Bolsa; realizó, hacia la tarde, algunas cobranzas provechosas y pasó la noche fuera de su casa para subrayar la medida profunda de su pesar.
Al día siguiente, una suntuosa carroza cubierta de flores y seguida por una multitud poco atenta llevaba al Crematorio los despojos del occiso.
—¡Ah, ah, tú renacerás! —decía para sí mismo el afable Diosdado, que había quedado solo en la terrible *cámara ardiente* con los dos hombres encargados de meter en el horno a su padre—, ¡vamos a ver si renaces!…
El ataúd, administrativa y reglamentariamente construido con tablas delgadas, para ser pronto devorado por una atmósfera de setecientos grados, descansaba sobre un transportador mecánico cuyas dos espigas metálicas, empujadas con fuerza, introducen a los muertos en el horno y retroceden con un chirrido, movimiento de diástole y sístole que se realiza en veinticinco segundos.
Diosdado se hallaba por lo tanto allí, en su recogimiento filial, *cuando se oyó un ruido en el interior del ataúd*…
¡Oh!, un ruido sordo y bastante incierto, con seguridad, pero como quiera que fuere un ruido, semejante al de un falso muerto que tratara de moverse en su sudario. Pareció inclusive que el ataúd oscilaba…
En el mismo instante, la puerta del horno, manejada con precisión, se abrió completamente.
Los tres rostros enrojecidos por la intensa llama se contemplaron.
—Es el cuerpo que se vacía —afirmó tranquilamente Diosdado.
No obstante, los otros dos vacilaban.
—¡Pero, vamos, rayos y truenos! —aulló de pronto el parricida—. ¡Les digo que es el cuerpo que se vacía! Y colocó en la mano del más próximo un paquete de billetes de banco. Las espigas saltaron hacia adelante y rebotaron hacia atrás…
La puerta volvió a cerrarse, pero no muy pronto, sin duda, porque Diosdado, que estaba justamente

ante ella, creyó percibir, en medio del incendio instantáneo del ataúd, los brazos extendidos y el rostro desesperado de su padre.

Una mártir

A Julien Leclerq

—Por lo tanto, señor yerno, es muy cierto que ninguna consideración religiosa podría obrar sobre su alma. Usted no esperará tampoco a mañana para *hacer sus suciedades*, bastante bien lo veo. Usted no tendrá piedad alguna de esta pobre niña, educada hasta hoy en la pureza de los ángeles, y a quien usted habrá de dominar con su aliento de reptil. ¡En fin, Dios mío!, ¡que su voluntad se cumpla y que su santo nombre sea bendecido por los siglos de los siglos!

—Amén —respondió Jorge mientras encendía un cigarro—. Por última vez, mi querida suegra, esté usted segura de mi agradecimiento eterno. Confío infinitamente en sus plegarias y no olvidaré, créalo, sus exhortaciones; buenas noches.

El tren comenzó a moverse. La señora Durable, que había permanecido en el andén, miró huir el rápido que llevaba en dirección al Mediodía a los recién casados.

Agitada aún con las emociones de esa jornada, pero con los ojos tan secos como un esmalte que sale del horno, golpeó nerviosamente el pavimento con la punta de su paraguas.

Haciendo con rabia la cuenta de sus inmolaciones y sacrificios, la pobre mujer se decía que era por cierto muy duro haber vivido solamente, desde hacía veinte años, para aquella hija ingrata que ahora la abandonaba así desde el primer instante de su matrimonio, para seguir a un extraño manifiestamente carente de pudor, que sin duda casi en seguida habría de profanarla con sus manoseos impúdicos.

—¡Ah, sí, con seguridad que se puede contar con el agradecimiento de los hijos! Piense usted, señor —se dirigía casi de manera inconsciente al jefe de la estación, que se había acercado a ella para exhortarla cortésmente a desaparecer—, piense que se los trae al mundo, con dolores abominables de los que no puede usted tener idea, que se los educa en el temor de Dios, que se procura hacerlos parecidos a los ángeles, para que sean dignos de cantar por siempre a los pies del Cordero; que se ruega por ellos sin descanso noche y día, durante un tercio de la vida; que en favor de esas tiernas almas nos infligimos penitencias cuyo solo recuerdo hace temblar. ¡Y mire la recompensa! ¡Fíjese bien! Nos abandonan, nos plantan allí como una basura, como una escoria, tan pronto como aparece un tunante que hemos tenido la estupidez de recibir, porque parecía un buen cristiano, y que abusó en seguida de su apariencia para mancillar un corazón inocente, para sugerir visiones impuras, para hacer creer, si me atrevo a decirlo, a una joven educada en la más santa ignorancia, que las sucias caricias de un esposo de carne y hueso le proporcionarán una alegría más intensa que las castas efusiones de ternura de una madre…

"Y usted ve lo que ocurre, señor, ¡usted podrá dar testimonio de ello en el día del juicio final! He sido abandonada, olvidada, traicionada, he quedado sola en el mundo, sin consuelo y sin esperanza. ¡Póngase usted en mi lugar!"

—Señora —respondió el empleado—, le ruego crea usted que comparto su pesar. Pero tengo el deber de hacerle observar que las exigencias del servicio no permiten que la deje permanecer aquí por más tiempo. Le ruego por lo tanto, muy a mi pesar, que tenga usted la bondad de retirarse.

La madre dolorosa, así despedida, se alejó del andén, no sin antes haber tomado, por última vez, al cielo como testigo de la inmensidad de su dolor.

La señora Virginia Durable, cuyo apellido de soltera era Mucus, era el tipo, nunca suficientemente admirado, de la *mártir*.
Era inclusive una mártir de Lyon y, en consecuencia, la más atroz quisquillosa que pueda encontrarse.
Había sido, desde su infancia, librada a los verdugos más crueles y no había conocido nunca el alivio de los consuelos humanos. El universo, por otra parte, se hallaba informado regularmente de sus tormentos.
Treinta años antes, cuando el señor Durable, hoy día comerciante en ostras retirado, se había casado con este holocausto, no tenía idea, el pobre, de la temible responsabilidad de torturador que asumía.
No tardó en enterarse de ello e inclusive llegó a estar, a la larga, completamente resignado. Cualquier cosa que hiciera o dijera, jamás una sola vez dejó de ser un criminal, de hacer trizas el corazón de su mujer, de no clavar en él cuchillos o espinas.
Virginia era de esas amables criaturas que han "sufrido tanto", de las que ningún hombre es digno, a las que nadie puede comprender ni consolar y que no tienen suficientes brazos para levantar a los cielos.
Enarbolaba, no hace falta decirlo, una piedad sublime que hubiese sido ridículo pretender admirar lo suficiente, ya que a ella misma no dejaba de maravillarla cada vez más.
En una palabra, fue una esposa irreprochable —¡ah, Dios santo!—, y cuya misión consistía en atraer infaliblemente las bendiciones menos esperadas sobre la casa de comercio de un imbécil malhechor que no comprendía tanta felicidad.
Un día, algunos años después del casamiento, siendo la mártir todavía joven y, al parecer, bastante apetitosa, el odioso personaje la sorprendió, en compañía de un caballero, escasamente vestida.
Las circunstancias eran tales que se hubiese requerido no sólo ser ciego, sino también sordo como la muerte para no alentar la más leve duda. La austera devota que le ponía los cuernos con entusiasmo sin duda compartido, no era lo bastante literata como para servirse de las palabras de Ninon[18], pero estuvo casi tan adecuada. Avanzó hacia él, los pechos al aire, y con voz muy dulce, con voz profundamente dulce y grave, dijo a ese hombre estupefacto:
—Amigo mío, estoy en una conversación de negocios con el señor Conde. Vaya usted por lo tanto a atender sus asuntos, ¿no le parece? —después de lo cual cerró la puerta.
Y eso fue todo. Dos horas más tarde, ella advertía a su marido que no le dirigiera más la palabra, salvo en caso de absoluta urgencia, declarándose cansada de condescender hasta su alma de boticario y muy digna de ser compadecida, en verdad, por haber sacrificado sus esperanzas de joven virgen a un palurdo sin ideales que tenía la falta de delicadeza de espiarla. Como hija de un alguacil, no olvidó en aquella circunstancia recordar la superioridad de su origen.
A partir de aquel día, la cristiana de los primeros siglos se armó con la palma del martirio, y la existencia se convirtió en un infierno, en un lago de muy profunda amargura para el pobre cornudo domado, que se dio a la bebida y se volvió lo suficientemente idiota como para ser plausible y caritativamente encerrado en un asilo.

Por una suerte no común, la educación de la señorita Durable había sido mejor de lo que hubiera podido hacerlo suponer las circunstancias. Es cierto que su virtuosa madre, aplicada sin descanso, por una parte, al embrutecimiento del señor Durable y consagrada, por otra, a oscuras farsas, sólo se había ocupado de ella muy poco y, desde muy temprano, la había abandonado a la vigilancia mercenaria de las religiosas de la Escalera de Pilatos; pero éstas, de milagro, se consagraron concienzudamente a su misión. La joven, suficientemente dotada y conveniente partido desde todo punto de vista, atrapó con premura la primera ocasión de matrimonio que se le presentó, tan pronto como hubo penetrado el ridículo y la malicia execrable de esta vieja repugnante, que se convirtió entonces en *suegra*[19] por obra de un misterioso decreto de la temible Providencia.

La valentía de aquel novio fue objeto de general admiración. Apenas se había realizado la ceremonia, cuando éste, cuyo carácter era muy independiente, declaró su firme voluntad de partir en seguida con su mujer en un tren rápido. Y todo el mundo pudo comprobar que esta resolución, concertada sin duda de antemano, nada afligía a la joven esposa, quien según pareció, apenas si llegó a conceder una incierta atención a las protestas y reproches maternales. La señora Durable, presa de la más generosa indignación, volvió por lo tanto a su casa vacía meditando sagradas venganzas.

No, sin embargo. La palabra venganza no era la adecuada. Se trataba de castigar.

Esta madre ultrajada tenía derecho a castigar. Inclusive tenía el deber de hacerlo, si es que debía conservar su validez el cuarto mandamiento de la ley divina.

Desde luego, todo medio era aceptable, ya que la intención piadosa cubriría de incienso las maniobras más venenosas.

En cumplimiento de ese loable designio, la mártir se dedicó de allí en adelante a procurar, mediante toda clase de artimañas y engaños, la deshonra de su yerno y la de su hija.

El primero fue acusado de tener vicios monstruosos, hábitos infames que certificaron abominables testigos. La joven recibió cartas que hubieran podido ser fechadas en Sodoma.

La Coluda le envió sus condolencias y el Tío

Dedo Grande le hizo saber que “eso no quedaría así”. Un torrente de basura sumergió el lecho conyugal de los nuevos esposos.

De su parte, el marido fue abrumado por un número infinito de mensajes anónimos o seudónimos, de variadas formas, pero siempre untuosos y saturados de la más afable tristeza, en los que se le informaba con precaución del pasado nada limpio de su compañera, a cuya sombra cincuenta jóvenes se habían corrompido en los dormitorios del pensionado, y que por cierto, sólo había podido ofrecerle, *además de su dote*, la vulgar y rudimentaria virginidad de su cuerpo. No hay palabras para referir la maldad diabólica, la competencia infernal que movía todos los hilos de esta trama de falsedades, y que dosificaba así, día tras día, los temibles venenos de la infanticida.

Aquello duró más de seis meses. Los desventurados, que en un comienzo sólo experimentaron un profundo desprecio, quedaron pronto atrapados en el horror de una persecución tan tenaz. Se enteraron que cartas venidas de la misma fuente *ignorada* se esparcían alrededor de ellos en los hoteles; que llegaban a los dueños de la casa y a los sirvientes, a personas importantes de las ciudades o de los pueblos que atravesaban en su fuga.

Fueron atenazados por una angustia pánica continua, corroídos por irreparables sospechas que

vanamente sabían absurdas, y terminaron por rodar en un sumidero de melancolía. No pudieron ya dormir, ni comer, y sus almas se extraviaron en los pálidos abismos donde se diluye la esperanza.

Un día, por último, murieron juntos a la misma hora y en el mismo lugar, sin que se haya podido saber a ciencia cierta de qué manera dejaron de sufrir.

La madre, que los seguía como un tiburón, hizo constar su suicidio para que de ningún modo tuviesen lugar en el cementerio de los cristianos. Ella es, cada vez más, la Mártir, y se eleva cada día hasta el tercer cielo[20] con extrema facilidad. Allí toca la campana todas las tardes a última hora —dice la crónica de la calle de Constantinopla— con un robusto mucamo.

La catarata de dinero

A Alcide Guérin

El que prefiero entre mis cuentos.

¡Tengan piedad de un pobre clarividente, por favor!
Una historia de las más triviales. Había tenido la desgracia de contraer *clarividencia*, como resultado de una espantosa catástrofe en la que había sucumbido una elevada cantidad de gente. Era, creo, un accidente de ferrocarril, a menos que se tratara de un naufragio, un incendio o un terremoto. Nunca se lo pudo saber. No se hablaba de ello con entusiasmo y, cualesquiera fueren las precauciones o las delicadezas, se sustraía siempre a la insultante curiosidad de los individuos piadosos.
Recordaré siempre su decorativa prestancia de suplicante, bajo el pórtico de la basílica de San Isidro Labrador, donde pedía limosna. Porque su miseria era absoluta.
Imposible resistir el enternecimiento respetuoso que inspiraba un infortunio tan raro y soportado con tanta nobleza.
Se sentía que este personaje había conocido en otro tiempo, mucho mejor que otros sin duda, las alegrías preciosas de la ceguera.
Una educación brillante había debido ciertamente afinar en él esta inestimable facultad de no ver nada, que es privilegio de todos los hombres, casi sin excepción, y criterio decisivo de su superioridad sobre los simples brutos.
Antes de su accidente, era posible que fuera, se lo adivinaba con emoción, uno de esos ciegos notables llamados a convertirse en orgullo de su patria, y le quedaba de esta época una melancolía de príncipe de las tinieblas exiliado en la luz.
Las ofrendas, no obstante, no llovían en el viejo sombrero que tendía siempre a los transeúntes. Un mendigo atacado por una enfermedad tan extraordinaria desconcertaba el ánimo magnificente de los devotos y de las devotas, que apresuraban su andar al divisarlo en el santuario. Instintivamente, desconfiaban de un necesitado que veía el sol en pleno mediodía. Aquello no podía explicarlo sino algún delito excepcional, algún sacrilegio sin nombre que expiaba de esa manera, y los transeúntes lo mostraban desde lejos a su progenie como un testimonio viviente de las temibles sentencias de Dios.
Había inclusive existido miedo, alguna vez, de contagiarse, y el cura de la parroquia estuvo a punto de expulsarlo. Por suerte, un grupo de sabios honorables, de cuya competencia no podía dudarse, llegó a declarar, no sin acritud, pero de la manera más perentoria, que “semejante mal no es contagioso”.

Vivía en fin parcamente de raras limosnas y del magro producto de los fútiles trabajos en que sobresalía.
No había nadie como él para enhebrar agujas. También enhebraba perlas con rapidez sorprendente.
Personalmente, yo me vi forzado en otros tiempos, a recurrir a él varias veces para descifrar las

obras de un psicólogo renombrado que había adoptado la costumbre de escribir con pelos de camello hendidos en cuatro[21].
Fue así como nos conocimos y se constituyó aquella lamentable intimidad que había de costarme, cierto día, tan cara.
Dios me preserve de ser duro con un pobre monstruo que, por lo demás, ha sido desgraciadamente enterrado hace mucho tiempo. Pero se juzga cuán nefasta debió ser para mi joven imaginación la influencia de una persona que me enseñó el secreto mágico —olvidado después de tantos siglos— de distinguir un león de un cerdo y el Himalaya de un montón de excrementos.
Esta ciencia peligrosa estuvo a punto de perderme. Poco ha faltado para que yo compartiera el destino de mi preceptor. Había terminado casi por no andar más *a tientas*. Esta expresión lo dice todo.
Mi estrella favorable, gracias al cielo, me salvó del abismo. Pude desprenderme poco a poco de esa influencia funesta, romper definitivamente el encanto y desempeñar todavía un buen papel entre los topos y los Trescientos[22] que juegan entre sí a la gallina ciega de la vida.
Pero era necesario no perder más tiempo, y me vi obligado a pagar con parte considerable de mis rentas la célebre habilidad de un oculista de Chicago que me curó definitivamente de la luz.

No obstante, tuve curiosidad por saber qué había llegado a ocurrir con el terrible mendigo, y aquí les mostraré con mucha exactitud su fin.
Durante algunos años más continuó su mendicidad de clarividente en la puerta de la catedral. Su mal —se dice— aumentó con la edad. Más envejecía, más claro veía. Las limosnas disminuían en proporción.
Los vicarios le daban todavía algunas monedas de cobre para aliviarse la conciencia. Extranjeros que no tenían miedo de nada o seres que pertenecían al pueblo más bajo y que, con toda probabilidad, llevaban en sí el principio de la clarividencia, a veces lo socorrían.
El ciego de la otra puerta, hombre justo y piadoso que levantaba buenas cosechas, lo gratificaba con una humilde ofrenda en los días de grandes fiestas.
Pero todo esto era en verdad muy poco, y la repulsión que inspiraba, cada día mayor, permitía conjeturar que no tardaría en morirse de hambre.
Era de creer que así lo había jurado. Con cinismo, exhibía su enfermedad, así como los lisiados, los bociosos, los ulcerosos, los mutilados o los raquíticos exhiben las suyas en las peregrinaciones, cuando las fiestas, de algún santo. Él la ponía bajo la nariz de todos, los obligaba, por así decir, a respirarla.
El asco y la indignación públicos llegaron al colmo, y la situación del granuja sólo pendía de un cabello, cuando ocurrió un acontecimiento tan prodigioso como inesperado.
El clarividente heredó a un sobrino segundo de América, que había llegado a ser insolentemente rico con la falsificación del guano, y a quien devoraron los caníbales de Araucania.
El ex mendigo no se preocupó por reclamar la devolución de sus restos, pero tramitó la sucesión y se dedicó a disfrutar en grande. Se hubiera podido creer que la inverosímil y casi monstruosa lucidez que lo había hecho célebre iba de pronto a volverse *galopante*, de la misma manera que una tisis

precipita la desvergüenza.
Ocurrió precisamente lo contrario.
Algunos meses más tarde estaba radicalmente curado, sin necesidad de operación. Perdió toda su clarividencia y se volvió, inclusive, completamente sordo.
Al no vivir más que para enjuagarse las tripas, se había liberado por fin del mundo exterior mediante la *Catarata de dinero*.

Nadie es perfecto

A Camille Lemonnier

Esculapio Nuptial, habiéndose asegurado de que el viejo había recibido un número suficiente de cuchilladas y que en verdad había exhalado lo que hemos convenido en llamar el último suspiro, pensó en primer lugar en procurarse alguna diversión.

Aquel hombre juicioso estimó que la cuerda no podía estar siempre tensa, que es sabio descansar a veces, y que todo esfuerzo merece su recompensa.

Había tenido la suerte de echar mano a una elevada suma. Feliz de vivir, y con la conciencia delicadamente perfumada, iba por aquí y allá, bajo los castaños o los plátanos, respirando con delicia el fragante aliento del atardecer.

Era la primavera, no la equívoca y reumática primavera del equinoccio, sino el tenaz renuevo del comienzo de junio, cuando los Gemelos enlazados retroceden ante Cáncer.

Esculapio, inundado de impresiones suaves y los ojos bañados en lágrimas, se sintió apóstol. Deseó la felicidad del género humano, la fraternidad de los animales feroces, la protección de los oprimidos, el consuelo de los que sufren.

Su corazón colmado de perdones se inclinó hacia los indigentes. Esparció en las manos extendidas la abundante moneda de cobre que atestaba sus bolsillos.

Hasta entró en una iglesia y participó en la plegaria en común que recitaba un rebaño fiel.

Adoró a Dios, diciéndole que amaba a su prójimo como a sí mismo. Dio las gracias por los bienes que había recibido, y se reconoció creado de la nada.

Pidió que se disiparan las tinieblas que le escondían la fealdad y la malicia del pecado, hizo un escrupuloso examen de conciencia, descubrió en él imperfecciones tenaces, persistentes raigones: movimientos de vanidad, impaciencia, distracciones, omisiones, juicios temerarios y poco caritativos, etcétera, pero sobre todo pereza y negligencia en el cumplimiento de los *deberes de su estado*.

Terminó con la sana intención de ser menos frágil en lo sucesivo; imploró el auxilio del cielo para los agonizantes y los viajeros; pidió, como se debe, ser protegido durante la noche y, penetrado por estos sentimientos, corrió al más cercano lupanar.

Porque se daba a las alegrías honestas. No era uno de esos hombres que se dejan llevar con facilidad a las frívolas disipaciones.

Se inclinaba más bien del lado del rigor y sólo por poco se libraba de exhibir una gravedad ridícula.

Mataba para vivir, porque no hay oficio despreciable. Hubiera podido, como tantos otros, enorgullecerse de los peligros de una profesión tan halagüeña. Pero prefería el silencio. Semejantes a las campanillas, las flores de su alma sólo se abrían en la penumbra.

Mataba a domicilio, educadamente, discretamente y de la manera más limpia del mundo. Era, se podría decir, una necesidad satisfecha con elegancia.

No prometía aquello que fuera incapaz de realizar. No prometía nada. Pero sus clientes no se quejaron nunca.

En cuanto a las lenguas venenosas, no se preocupaba de ellas. *Hacer el bien y dejar que hablen*, tal era su divisa. La tranquilidad de su conciencia le bastaba.
Hombre sobre todo de su casa, sólo se lo veía raras veces en los cafés, y los malvivientes mismos se veían obligados a hacerle justicia reconociendo que, fuera del burdel, casi no veía a nadie.
En esa residencia hospitalaria había concentrado su predilección por una muchacha ligeramente vestida, que hacía prosperar al establecimiento, y cuya precocidad de virtuosa movía al entusiasmo.
A poco de salir de la infancia, ya numerosos salones la habían admirado.
El feliz Esculapio había tenido el arte de conseguir que ella lo amara, y el tiempo parecía "suspender su vuelo" cuando aquellos dos seres estaban inclinados, el uno hacia el otro, sobre el lago místico.
La maravillosa Lulú no quería saber nada más en cuanto aparecía su pequeño Cucú, y a menudo éste se vio obligado a recordarle el sentimiento profesional de su arte, cuando los ancianos caballeros se impacientaban.
Ella le suministraba en retribución, indicaciones preciosas…
En fin, ambos invertían con discernimiento sumas de dinero bastante agradables. Lulú no usaba casi nada: el aire y la luz por poco bastaban a su atuendo cotidiano, que era siempre muy simple y de perfecto gusto.
Ya mismo entreveían la recompensa, el feliz porvenir que los esperaba en el campo, en alguna cabaña escondida bajo las lilas y las rosas, que algún día iban a comprar, y la vejez apacible con que la Providencia remunera a aquellos que han combatido valientemente.
Sí, sin duda; pero, ¡ay!, ¿quién podría decir cuán vanos son los pensamientos de los hombres?
Lo que sigue es harto doloroso.
Aquella noche, Esculapio no apareció. La casa sufrió por ello mucho más de lo que puede decirse. La pobre Lulú, febril en un primer momento, agitada luego, y por último enfurruñada, dejó de llorar.
Un notario belga, que había traído fondos de sus clientes, recibió un resonante par de bofetadas, hecho que sorprendió a los que en ese momento pasaban por la calle.
El escándalo fue enorme y peligro de clausura inminente. Pero ella no quería "escuchar a nadie ni nada". Como su inquietud había crecido hasta convertirse en delirio, llevó el desprecio por las leyes hasta el extremo de abrir una ventana que había permanecido cerrada desde el último 14 de Julio, y llamó a su Cucú con voz terrible en el profundo silencio de la noche.
Algunos pastores protestantes tomaron las de Villadiego, no sin antes haber expresado su indignación y, desde el día siguiente, los diarios serios pronosticaron con tristeza el fin del mundo. ¿Debo decirlo? Esculapio se había salido del buen camino, Esculapio había hallado una serpiente.
Cuando regresaba sabiamente al redil del amor, se topó con un compañero de la infancia a quien no veía desde hacía diez años, y que consiguió corromperlo por primera vez en su vida.
Ignoro los sofismas que desplegó ese amigo funesto para desviarlo de la angosta vía que conduce al cielo, pero ambos se emborracharon hasta tal punto que, hacia la madrugada, el amante desorbitado de la gimiente Lulú tomó un coche para ir a buscar un ejemplar de *El Combate Espiritual* que recordaba haber olvidado la víspera en casa de su macabeo y al que consideraba en absoluto indispensable para su progreso interior.
El fiel compañero de su noche lo condujo como de la mano hasta la habitación del muerto, donde el

comisario de policía lo esperaba cortésmente. Y es así como una sola falta destrozó dos carreras. Nadie es perfecto.

El más hermoso hallazgo de Caín

A Henry Hornbostel

No sé cómo, hacia el final de aquella memorable cena, se alcanzó ese grado de estupidez que consiste en hablar de los objetos hallados en lo que se llama, misteriosa y anfibológicamente, la vía pública.
Casi todos se valieron de esto para relatar aventuras referentes a tesoros perdidos, a bolsas de dinero con que tropezaron y que contenían grandes riquezas, aventuras en las cuales —se estaba obligado a reconocerlo— su desinterés había resplandecido. Algunos, menos ebrios, confesaron, con la cabeza gacha, que nunca habían hallado nada.
Fue entonces cuando, reuniendo con un amplio ademán todas las anteriores dispersas, el brillante escultor Pelópidas Gacougnolle nos interpeló:
—¿Saben ustedes —bramó— cuál fue, un día, el más hermoso hallazgo de Marchenoir?
Una colectiva negación de cabezas le reveló que no sabían absolutamente nada del asunto.
—Entonces, amigos míos, escuchen esto. La historia vale la pena que se la cuente.

—Es ampliamente sabido —comenzó—, que nuestro gran Inquisidor Literario ha sido el más indómito y calamitoso adolescente que haya enarbolado, sobre nuestras calles, el cataclismo de la levita o del pantalón[23]. No existen palabras para expresar la exuberancia de este miserable soñador. Recuerdo haberlo visto muchas veces en aquella época, y me siento tan orgulloso de eso que me cuesta concebir cómo la tierra puede sostenerme. ¡Ah, les hablo de un tiempo muy lejano! Yo no era todavía su amigo y de ningún modo presentía que lo llegaría a ser alguna vez. Tampoco sé si él había tenido alguna vez un solo amigo.
“Era un cochinillo tempestuoso y difícil que no se juntaba sino con las constelaciones. Se adivinaba su impaciencia ante toda otra promiscuidad y nadie, creo, hubiera emprendido la tarea de reclutar a ese primitivo.”
“Todos ustedes lo conocen demasiado como para que me fatigue en pintarles su retrato. Pero no sé si lo imaginan, a los dieciocho años, tal como lo representa un retrato feroz, pintado por él mismo con aceite de tiburón, y que sólo exhibe a sus más íntimos[24].”
“Aparece allí royéndose un puño en un amasijo de betún, de tierra de sombra y de carbonato de plomo, mirando al espectador con ojos terribles, sanguinolentos a fuerza de intensidad. Si no se ha visto aquello, no se ha visto nada…”
“Es la primera manera de nuestro héroe, quien quiso ser pintor mucho tiempo antes de sentirse escritor y que, ¡a fe mía!, hubiera sido en sus cuadros, precisamente, lo que es en sus temibles libros, el sedoso mastín y el caníbal celestial que admiramos.”
“Los ojos de ese retrato, dominadores hasta el punto de estremecer a un virtuoso de mi calidad, no fueron nunca, es cierto, esos ojos de inverosímil dulzura que el creador de los volcanes y las

luminarias encendió tras de su frente lúgubre para confusión de los imbéciles.”
“Fueron suficientes, con todo, para dar lugar a un extraordinario parecido, que la longevidad más audaz no llegaría nunca a desmentir, porque son los ojos de su alma, los verdaderos ojos de su alma profunda, eternamente hambrienta de presentimientos divinos.”
“Por supuesto, cuando ejecuto esta exorbitante efigie, su instinto de prisionero en medio de los abismos de la insidia le advertía ya su execrable destino.”
“Sin duda alguna olfateaba las carroñas que habían de interponerse en su camino y cuyo hedor estuvo a punto de asfixiar a los trescientos leones que llevaba en sí.”
“¿Cómo no habría tenido la visión de ese porvenir infernal que nos vemos obligados a suponer adecuado a sus cualidades de gladiador? Porque no sé de ningún hombre a quien su naturaleza haya designado, como a él, a sufrir tragos amargos y refinadas vejaciones.”
“Los infortunados menos selectos tendrían que bendecirlo, ya que él fue y es aún el pararrayos aislado que atrae todas las descargas de la tormenta. Desde hace veinte años, ofrece el espectáculo milagroso de un blasfemo de la Canalla, absolutamente invencible y siempre sobre sus estribos, a pesar del remolino de los crápulas y el ciclón de los pusilánimes.”
“¡Ah, bien pudo vanagloriarse de haber sido abandonado, de haber visto desertar a valientes caballeros que decían ser sus amigos! Las amistades o las simples admiraciones que halló me parece se asemejan a esas graciosas cerillas que sólo se encienden ‘con la caja’, según la fórmula con que nos gratificó Septentrión.”
“El cielo me preserve de una jeremiada adicional acerca del cultivo de los afectos y la economía de los sentimientos. El hombre de quien hablo se ha expresado por otra parte de manera tan definitiva, que cualquier disertación sobre este punto sería por demás ociosa. Conocemos todos, el disgusto atroz de no haber nacido perros cuando el áspero destino nos rehusó el semblante de cerdo feliz…”
“Todo el mundo les dirá que este indigente famoso ha sido frenéticamente auxiliado por innumerables benefactores, y que apenas si las entrañas de la caridad contemporánea pueden curarse de los tumores que provocó su *ingratitud*.”
“Pero es en el mundo literario, sobre todo, donde pasa por haber perpetrado la depredación. Ni el más sucio aprendiz de escribiente deja de explotar de buena gana, como una cantera de diamantes, esa leyenda estereotipada que ha llegado a ser parecida a un intratable cálculo en el bajo reducto de las secreciones del periodismo.”
“Yo he curado algunos de estos valetudinarios provocadores mediante el expeditivo remedio de acariciarles los testículos con un puntapié. Recordaban entonces con precisión no haber *conocido* nunca al supuesto parásito. Marchenoir en persona operó a veces esas curas milagrosas y sus procedimientos, superiores a los míos, son tan infalibles que lo considero el más sublime oculista de la memoria, capaz, estoy persuadido, de operar de su catarata al Niágara…”
“Pero, ¡me estoy dejando llevar por los recuerdos!” —dijo Pelópidas, volviéndose a sentar.
Porque en ese momento se había levantado y caminaba dando zancadas y balanceando todo su cuerpo.
—Se me calienta la sangre cuando pienso en esos animales que matarían a un hombre superior para arañar tres centavos en el estiércol de los cinocéfalos influyentes de la alta alcurnia parisina. Decía,

por lo tanto, que había conocido un poco a Marchenoir en la lejana época de su noviciado en las odiseas de la hambruna y el lecho miserable. Yo mismo era en aquel tiempo un pobre diablo, pequeño y bastante feo, un yesero holgazán que más a menudo paseaba su estampa por las avenidas del barrio que amasaba la arcilla de las academias. Yo era un juicioso aprovechador, uno de esos pícaros con varias caras que dramatizan el cuento del tío, y hubiera podido jugar tal vez alguna mala pasada a ese pobre tipo a quien veía pasar, de tarde en tarde, ante el taller, descifrando, con éxtasis, un pingajo de libro que parecía una continuación de sus sorprendentes harapos.

"Pero existía la leyenda instructiva de cierto carbuncloso de la calcografía a quien había, cierta vez, sumergido de la cabeza a los pies en una charca de barro, *sin siquiera interrumpir su Lectura*, y a quien luego puso a secar en equilibrio sobre la baranda de un balcón en el que el sol caía con rabia. Episodio que daba en qué pensar. Luego, a pesar de mi estupidez de entonces, lo grandioso de esa miseria obraba un poco sobre mí. Sentía, por lo menos, la presencia de un alma extraordinaria, y más tarde comprendí que era aquello precisamente lo que ponía en movimiento a las larvas de cucaracha que pululaban bajo nuestra piel cada vez que aparecía aquel insólito desventurado."

"Sus harapos, lo aseguro, nada tenían de innoble. La pulcritud de su ropa ordinaria hecha jirones era, inclusive, un espectáculo curioso y conmovedor."

"Tengo siempre ante los ojos cierto sombrero de elevada copa, adquirido Dios sabe en qué días lejanos y cuya ridiculez no podría ser superada sino por el inolvidable trabuco naranjero de Thorvaldsen[25], en aquel fresco escarnecido por los vientos, homenaje decrépito de la admiración de los daneses, sobre las paredes exteriores de su museo en Copenhague."

"Vimos cómo ese sombrero, frecuentado por los meteoros, se transformaba con el curso de las estaciones y pasaba por todos los colores. El último estado fehaciente fue la espiral o caracol de Arquímedes, de circunvoluciones blanquecinas, que hacía aparecer a su propietario cubierto con un fragmento de columna retorcida extraída del derrumbe de alguna basílica portuguesa, fase decisiva a la que siguió, pocos meses más tarde, un hundimiento irremediable del que tres o cuatro granujas del taller fueron testigos absortos. Jamás podré expresar el cuidado con que acariciaba ese objeto indefinible."

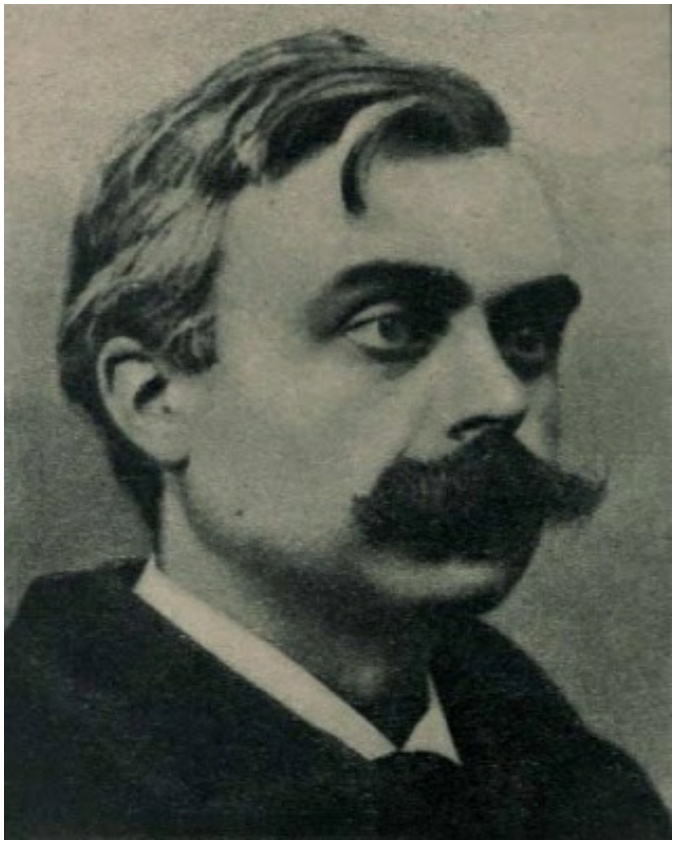
"Después de la catástrofe, anduvo por las calles con la cabeza descubierta."

"No creo que nunca haya ido realmente descalzo, pero sus zapatos hubieran conseguido que se consideraran objetos mundanos las sandalias de los anacoretas más severos. Pido autorización para no insistir en este punto, que terminaría por ser tan extenso como *El Paraíso perdido* y que nos extenuaría tanto como los prefacios evangélicos del fin del mundo, si tuviera que detenerme en los detalles."

"Serían necesarias hipérboles que ignoro para transmitir una noción sobre la apariencia de este aborigen de la desgracia, que a distancia de muchos años imagino otra vez pergeñado por la propia mano del Querubín de las Humillaciones. Y con esto ya tenemos bastante en cuanto a disgresión, y vuelvo entonces a mi historia."

"Cuando tuve la suprema alegría, durante mucho tiempo esperada, de llegar a ser amigo y compañero de Marchenoir, fui testigo por desgracia impotente —no era rico entonces— de las mortificaciones

sin número que una vieja propietaria le hizo soportar.”
“Debía varios meses y no conseguía, hiciera lo que hiciere, aplacarla. Aquella basura de mujer quería, a cualquier precio, que le entregara dinero.”
“No obstante ella lo cuidaba, pero como se observa a las ostras perlíferas en las pesquerías del Océano Indico, vigiladas continuamente por escualos atentos. Había embargado de la manera más rigurosa los pobres muebles, en sus tres cuartas partes destruidos, que había heredado de su madre y acechaba siempre la ocasión de despojarlo de los miserables ingresos que pudieran sobrevenir.”
“El infortunado inquilino estaba condenado a no salir de su habitación sino bajo el fuego de las reclamaciones de la buitre feroz, que lo injuriaba varias veces por día en presencia de todos los vecinos, y a menudo inclusive lo apostrofaba insolentemente en medio de las calles.”
“Señores: esa situación duró diez años. Marchenoir nunca alcanzaba a poder efectuar más que pagos parciales y no podía decidirse a emprender la fuga. Por la suma de tres o cuatrocientos francos, aquella menesterosa lo torturó durante cuarenta estaciones.”
“No se impacienten ustedes, por favor, que ya llego a mi historia. Pero lo que acaban de escuchar era necesario para que puedan experimentar la importancia única del hallazgo que hizo ‘aquella hermosa mañana de tan dulce verano’, a la hora subyugante en que las campanillas y los ranúnculos de los bosques abren sus cálices.”
“Hacía ya tres años que la compasión de las Oceánidas había conseguido liberar a nuestro Prometeo. Un primer éxito literario, obtenido a costa de inenarrables tormentos, le había permitido cortar por fin aquella cadena de ignominias y vivir casi tranquilo en un barrio solitario, infinitamente lejos de la horrible cárcel.”
“La imagen del cuervo femenino se esfumaba, se perdía cada vez más en la bruma, se volvía indiscernible, telescópica. Imposible volver a encontrar el clisé, ni siquiera en la más profunda de las letrinas de la memoria.”
“Un día de julio, casi de madrugada y cuando el despuntar del sol se anunciaba apenas, Marchenoir salió, según su costumbre, a tomar fresco sobre los bastiones y a leer algunas páginas de Saxo Gramático[26] o de la *Cornocopia* de Perotti[27].”
“Cuando había andado unos sesenta pasos, al mirar hacia el suelo para doblar la esquina de la calle, advirtió a dos pasos, en ese lugar desierto donde no existían entonces más que plantaciones de frutales rodeadas de cercos y terrenos baldíos, una caja de aspecto muy corriente y de la forma más oficinesca y administrativa, cuya presencia lo sorprendió.”
“Al aproximarse y tocarla con el pie, la resistencia del objeto redobló su asombro, que se convirtió en seguida en espanto cuando vio correr un hilo de sangre.”
“Cuando retiró con rapidez la tapa, *se le apareció su locadora*… la cabeza cortada de su antigua locadora que lo miraba con sus ojos muertos, con sus blancos ojos muertos parecidos a dos grandes monedas de plata.”



Léon Bloy (Périgueux, Dordoña, 11 de julio de 1846 - Bourg-la-Reine, Altos del Sena, 3 de noviembre de 1917). Escritor francés de familia burguesa con 18 años se muda a París, trabajando en los oficios más humildes. La amistad con el también escritor Barbey d'Aurevilly le conducen a la fe y a un temperamento extremista que pasa de un anticlericalismo violento a un catolicismo intolerante. Trabajó en la redacción del Univers, junto a Louis Veuillot y en 1877 conoció a una prostituta, Ana María Roulet, con la cuál ejerció una pasión violenta que se alternó con frenesíes místicos. Después de algunos meses, se retiró a un monasterio en Soligny con la idea de hacerse monje benedictino. Durante una estancia en el Santuario de Salette, conoció al abad Tardif, que lo introdujo en el estudio de la simbología bíblica y lo estimuló a escribir una obra sobre la aparición de la Virgen. En ese periodo maduran los elementos esenciales de su pensamiento y conoce a personalidades importantes de la vida literaria parisina, Paul Verlaine entre ellos. En 1889 se casó con Jeanne Molbeck, permitiéndole la serenidad que necesitaba para publicar libros y artículos.

Narrador y pensador cristiano-socialista, ha escrito de las mejores literaturas anti-burguesas. Años atrás se lo leía bastante como pensador socialista cristiano, fundador de movimientos laicistas en Francia su pensamiento, como el de Jacques Maritain, tuvo influencia en la abortada (Opus Dei) renovación del catolicismo (Concilio Vaticano II) del siglo XX.

Dejando de lado ese aspecto de libelista rabioso que tenía, sus cuentos, según BORGES (Prólogo a la edición del libro *Cuentos descorteses*) están entre la mejor literatura del siglo XIX, equiparable para él a Chesterton, Conrad o Kipling.

Notas

[1] Expresión del escritor Denis Poulot que Léon Bloy parafrasea. *(Notas del Editor)*. <<

[2] Este juego de palabras con el apellido del conocido escritor Eugène Sue *(suda)* también lo toma Bloy de su colega Denis Poulot. <<

[3] Se refiere a la guerra franco-prusiana de 1870, en la que Francia fue derrotada debiendo, entre otras pérdidas, pagar la indemnización a que se alude más adelante. <<

[4] La insurrección de París, que siguió a la derrota. Fue sofocada a sangre y fuego por las propias tropas francesas procedentes de Versalles. <<

[5] Las tropas de Versalles. <<

[6] Bloy alude con ácida ironía a este escritor (1852-1935), con quien tenía desde antiguo muy malas relaciones. <<

[7] El escritor Villiers de L'Isle-Adam (1840-1889), autor de los *Cuentos crueles*. <<

[8] El Imperio de Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón I. también conocido como Segundo Imperio (1852-1871). <<

[9] Localidad situada cerca de París. <<

[10] Hecho ocurrido el 24 de mayo de 1873. <<

[11] Johannes Tauler (1300-1361), místico alemán conocido también como *El Doctor Iluminado*. <<

[12] Todas éstas son también localidades situadas en los alrededores de París. <<

[13] Conocido librero alemán que se instaló finalmente en la ciudad de Gotha. Su hijo es el editor del célebre almanaque. <<

[14] Del mismo modo querer, del mismo modo no querer. <<

[15] Barrio de París. <<

[16] Ciudad vecina de París. <<

[17] Paul Bourget nuevamente. <<

[18] Se refiere a Ninon de Lenclos (1620-1705), mujer célebre por su vida sentimental y su salón frecuentado por librepensadores. Se le atribuye una frase que llegó a ser proverbial con respecto a un billete donde el Marqués de La Châtre se hacía prometer fidelidad por escrito. Cada vez que faltaba a su promesa decía: "¡Ah, qué buen billete tiene el Marqués de La Châtre!" <<

[19] Aquí el autor hace un juego de palabras, ya que *suegra*, en francés, se denomina *belle-mère*, o sea literalmente *bella madre*. <<

[20] El de Venus, según la tradición clásica. <<

[21] Otra alusión irónica a Paul Bourget, muy probablemente, ya que este autor había escrito ensayos de psicología contemporánea. <<

[22] Así se conoce un asilo de París construido para alojar trescientos ciegos. <<

[23] Muchos detalles de esta descripción pertenecen a la propia juventud de Léon Bloy. <<

[24] Se trata efectivamente de un autorretrato pintado por Bloy en su juventud. <<

[25] Bertel Thorvaldsen (1779-1844), escultor neoclásico danés. <<

[26] Historiador danés del medioevo. <<

[27] Niccolo Perotti (1430-1480), arzobispo y filólogo. <<